

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

A los 75 años de CRISTIANDAD



CRISTIANDAD



Meditación de principio de curso
Mártires de otro tiempo
y mártires de hoy

El Corazón
de Jesús
en los Profetas

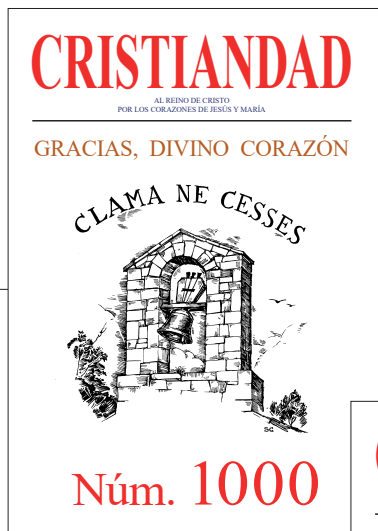
Fátima y su
Mensaje al mundo

El Consejo de Estrasburgo y la unidad europea

La crisis del mundo occidental

N.º 201 y 202 - AÑO XIII

1 y 15 OCTUBRE 1956



CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

GRACIAS, DIVINO CORAZÓN

CLAMA NE CESSES



Núm. 1000



CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Al Reino de Cristo
por el Corazón Inmaculado de María



El Corazón de Jesús en los cánticos de san Luis María Grignon de Montfort

Familias consagradas, familias reparadoras
María, la debilidad de Dios

Ángeles y santa tesis
Lecturas públicas al día



CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

«REINARÉ EN ESPAÑA»



Renovación de la consagración en el Cerro de los Ángeles

Emplea el Año Sacerdotal

Crónica de una vigilia eucarística juvenil

La importancia de consagrar una nación

El Corazón de Jesús en el origen de toda vocación sacerdotal



«El domingo pasado inmediato a la fiesta de nuestro san Miguel, después de comulgar, acudí a mi lado a este Santo Acantilado que me dijo como en el extender el culto del Corazón de Jesús por toda España, y más universalmente por toda la Iglesia, aunque llegaré día en que suceda, ha de tener gravísimas dificultades, pero que se vencerán, que el, como príncipe de la Iglesia, asistirá a esta empresa que en lo que el Señor quiere se extienda por nuestro medio, también ocurran dificultades, pero que superaremos su asistencia.»

Año LXXV, Núm. 105-106
Enero-Abril 2000

VENEZUELA: BENIGNO DE HOLOS



«CRISTIANDAD, al elegir este nombre, declaró sin rebozo que vida quería vivir en un todo del espíritu cristiano, del espíritu de la Iglesia de Jesucristo, de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, de la Iglesia romana, única verdadera, de la Iglesia cristiana auténtica».

RAMÓN ORLANDIS, S.J., CRISTIANDAD, 1 de mayo de 1945.

Año LXXVII- Núm. 1062
Enero 2020



RAZÓN DEL NÚMERO

03 Acción de gracias a Dios
J.M. A.R

ARTÍCULOS

- 05 La esperanza del Reino del Corazón de Jesús
José M^a Alsina Roca
- 09 Naturalismo y liberalismo: La sociedad ha abandonado a Dios
Gerardo Manresa Presas
- 12 El ideal de la esperanza en el Reino de Cristo
P. Ramón Orlandis
- 13 «Desengañados de los medios humanos»
Francisco Canals (t)
- 17 CRISTIANDAD, setenta y cinco años al servicio de la Iglesia
Javier González

19 ¿Por qué actualidad política?
Jorge Soley

23 Nueva sección: «A los 75 años de CRISTIANDAD»
Ibón Elósegui

28 La era del subjetivismo
David González-Alonso Gracián

32 Simposio tomista «Unidad según síntesis» en Barcelona
Antoni Prevosti

SECCIONES

34 **Los jóvenes santos**
Clara Tendero Manzanares

36 **Reseñas bibliográficas**
María Jaurrieta Manresa

38 **Hemos leído**
Aldobrando Vals

40 **Iglesia perseguida**
Josué Villalón (AIN)

42 **Pequeñas lecciones de historia**
Gerardo Manresa

43 **Actualidad religiosa**
Javier González

45 **Actualidad política**
Jorge Soley

CONTRAPORTADA

48 La oración de adoración
Francisco

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Antoni Prevosti Monclús
Redacción y administración
Duran i Bas, 9, 2^a
08002 Barcelona

Redacción: 93 317 47 33
e-mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración: revista.CRISTIANDAD@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Anebri Artes Gráficas, C.I.F. A-80083017

Acción de gracias a Dios

J.M^a. A. R.

Es motivo de acción de gracias a Dios poder celebrar el 75 aniversario de una revista de identidad católica, fundada por un grupo de seculares que quisieron dar a conocer las enseñanzas recibidas de labios de un gran maestro jesuita, carismático, teólogo, filósofo e historiador, pero por encima de todo apóstol del Corazón de Jesús, conformado por la espiritualidad de san Ignacio como debe ser todo jesuita, y además profundo conocedor de la espiritualidad de santa Teresita del Niño Jesús, a la que consideraba, como la Iglesia lo ha reconocido en su magisterio, la santa que puede hacer descubrir el amor de Dios al hombre de nuestro tiempo. Estos rasgos esenciales de la obra y pensamiento del padre Ramón Orlandis son los que también han sido los de la revista CRISTIANDAD, por lo menos así hemos querido que fuese. Son muchas ya las personas que durante estos largos años han hecho posible con su dedicación sacrificada y ejemplar la continuidad de la revista. Algunos le auguraban una corta vida, pensaban que su temática pronto estaría agotada, sin embargo, han sido millares los colaboradores que han escrito de los más variados temas aunque siempre con el mismo fin: «Al servicio del Reino de Cristo por la devoción a los Corazones de Jesús y María», a todos ellos les estamos profundamente agradecidos, una gran parte ya no están entre nosotros, y pensando en ellos recordamos las palabras que dirigía a sus discípulos el padre Orlandis en unos ejercicios espirituales: «Os estaré esperando en las puertas del Cielo para daros un abrazo de bienvenida». No podemos nombrar personalmente a todas estas personas, pero sí queremos hacer mención de aquel también gran maestro que asumió la responsabilidad de transmitir con toda fidelidad y renovado vigor a las nuevas generaciones las enseñanzas del padre Orlandis. Nos referimos al profesor Francisco Canals Vidal al que nuestros lectores ya conocen porque con frecuencia reproducimos sus escritos que conservan toda su actualidad y reflejan la profundidad de su pensamiento. Los que actualmente venimos colaborando en la revista pedimos al Corazón de Jesús que sepamos seguir con fidelidad y renovado fervor el ejemplo de los que nos han precedido y que nos dé el acierto para continuar al servicio de la Iglesia trabajando por la extensión del Reino de Cristo.

«Los que actualmente venimos colaborando en la revista pedimos al Corazón de Jesús que sepamos seguir con fidelidad y renovado fervor el ejemplo de los que nos han precedido y que nos dé el acierto para continuar al servicio de la Iglesia trabajando por la extensión del Reino de Cristo».

En el primer número del 1 de abril de 1944 se pueden leer en su editorial las siguientes palabras que consideramos que son especialmente adecuadas en las actuales circunstancias político-religiosas: «La hora presente es una hora de sufrimiento, es una hora muy grave para la Iglesia, para el mundo y para España; CRISTIANDAD nace con la conciencia de esta gravedad. Por la misma razón, la hora presente es también, más que ninguna otra, la hora de la Providencia. Confiados en su Amor misericordioso pedimos al Corazón de Jesús que Él conceda a este mundo que ha querido apartarse de su imperio, la paz que sólo bajo su cetro puede recobrar, y que los pueblos todos vuelvan a formar, unidos bajo un solo Pastor, una verdadera Cristiandad».

La esperanza del Reino de Corazón de Jesús

JOSÉ M^a ALSINA ROCA

CRISTIANDAD durante sus 75 años de existencia se ha presentado siempre con el mismo lema que quiere dar razón de todo lo que en ella se escribe: «Al Reino de Cristo por la devoción al los Corazones de Jesús y María», por ello nos parece oportuno volver una vez más sobre la íntima relación existente entre el Reino de Cristo y la devoción a su Sagrado Corazón.

Planteo esta cuestión a través de cuatro cuestiones que han sido ya tratadas repetidas veces en nuestras páginas a las que acudimos de nuevo para contestarlas.

1º ¿Qué esperamos cuando afirmamos la esperanza del Reino del Cristo?

2º ¿Es una esperanza fundada o meramente un deseo piadoso?, e incluso podemos preguntarnos ¿Forma parte de la virtud de la esperanza teologal?

3º ¿Por qué al formular esta esperanza la unimos la devoción al Corazón de Jesús? Es decir, ¿por qué afirmamos la esperanza del Reino del Corazón de Jesús?

4º ¿Qué consecuencias tiene en nuestro tiempo, para la Iglesia y para la vida espiritual de cada uno negar u olvidar esta esperanza?

¿Qué esperamos?

LA respuesta a la primera pregunta se podría resumir en una fórmula muy sencilla: esperamos que la virtud de la religión conforme radicalmente la vida de los hombres en todas sus dimensiones y ámbitos, personal, familiar y social. Francisco Canals comentando la afirmación del papa Pío XI, en la encíclica *Misericordissimus Redemptor*, sobre la devoción al Corazón de Jesús como «la síntesis de toda la religión y la norma más perfecta de la vida cristiana», señalaba que en esta expresión Pío XI se refiere concretamente a la virtud moral infusa de la religión. Virtud aneja a la virtud de la justicia, y precisaba su relación y diferencia con las virtudes teologales:

«La “religión” no es una virtud teologal, porque la virtud teologal tiene a Dios mismo por objeto, mientras que el contenido propio de la religión es la relación, el respeto, la proporción adecuada entre nosotros como criaturas y Dios Nuestro Señor y en un sentido más amplio, pero no menos verdadero y adecuado, es religión

—por lo menos como imperada por esta relación de justicia— toda la vida del cristiano en cuanto que consiste en la obediencia a la divina ley, porque nuestra relación de justicia con Dios lo que nos exige naturalmente es servirle. Por tanto, en cuanto cumplimos los preceptos del Decálogo porque son preceptos divinos, toda esta vida de obediencia a la ley divina es vida religiosa».¹

El reconocimiento de la excelencia de Dios está dirigido naturalmente a su omnipotencia, pero también y de modo preferente a su amor y a su misericordia. De tal modo, que la dependencia que el hombre siente ante Dios no es motivo de humillante alienación sino todo lo contrario, de gozosa relación. El reconocerse amado por todo un Dios omnipotente y misericordioso le impulsa a la oración de alabanza, petición y acción de gracias como un deber de justicia, es decir, de religión. Por ello es posible afirmar que la virtud de la caridad, culmen de toda la vida cristiana, no simplemente tiene que informar todas las virtudes morales y por tanto a la virtud moral de la religión, sino que también de algún modo es la misma virtud de la religión que nos mueve a la caridad. El contemplar la misericordia y el amor de Dios nos mueve a corresponderle con nuestro amor.

Un mundo profundamente religioso es un mundo en el que la gloria y felicidad del hombre es dar gloria a Dios porque le reconoce como único Señor y origen de toda la creación. Es decir, un mundo radicalmente alejado del que hoy vemos a nuestro alrededor, e insistimos en ello, porque si hay una virtud especialmente olvidada en nuestros días es justamente la virtud de la religión. Es aquella virtud que podría curar del deseo de falsa autonomía que proclama el hombre contemporáneo, en la vida moral y política. Recordando aquella afirmación de san Ireneo: «La gloria de Dios es que el hombre viva», podríamos añadir «la vida del hombre consiste en dar gloria a Dios». Y esto es lo que esperamos, y lo esperamos como don y cumplimiento de las promesas divinas. Esta esperanza está afirmada en las principales encíclicas sobre el Sagrado Corazón: especialmente en la

1. FRANCISCO CANALS VIDAL, «La devoción al Corazón de Jesús, síntesis de la religión cristiana», CRISTIANDAD 520 (junio 1974).

Annum Sacrum de León XIII, en la *Miserentissimus Redemptor*, en la *Quas primas* de Pío XI, y también en la enseñanza del Concilio Vaticano II en su constitución dogmática *Lumen gentium* cuando afirma que la misión de la Iglesia es anunciar el Reino de Cristo y constituye ya en la tierra el germen y el principio de este Reino. A lo largo de la historia, la evangelización de los pueblos es el cumplimiento del mandato evangélico: «Id y predicad hasta los confines del mundo». El Reino de Cristo ha ido creciendo, pero la Iglesia no solo lo anuncia sino que además lo espera y ansía la consumación del Reino, es decir, que llegue a su plenitud temporal. Se puede afirmar que no solo llegará o ha llegado ya el día en que el Evangelio haya sido predicado a todos los pueblos sino también podemos esperar el día en que el Evangelio sea reconocido como el único anuncio verdaderamente salvador de toda la humanidad. Un mundo en que la virtud sobrenatural de la religión conforme la vida de los hombres de un modo radical.

Pasemos a la segunda cuestión.

Fundamento de esta esperanza de plenitud y consumación

UNA primera precisión importante. No podemos pensar que esta esperanza sea fruto de un proceso histórico necesario como el que plantean tantos filósofos de la historia en los siglos XVIII y XIX, especialmente Hegel, con las consecuencias políticas tan determinantes de los avatares políticos del siglo XX. Solo tiene sentido la afirmación de esta esperanza, del mismo modo que la virtud teológica de la esperanza, si está fundada en una promesa divina.

Desde las primeras páginas del Génesis hasta el Apocalipsis nos encontramos reiteradamente la promesa divina. En la historia de la humanidad y a pesar de que Dios y su Iglesia han sido objeto de tantas rebeliones y olvidos resuenan en los mismo hechos históricos las palabras del Génesis: «La cabeza de la serpiente será aplastada por la descendencia de la mujer». En el pueblo judío no se borró de la memoria esta promesa. La proclamaron con su palabra y con su vida los profetas y formó parte de su oración como testimonian tantos salmos. Cristo proclamó su

realeza ante Pilato y la confirmó con su muerte desde la cruz, así lo reconocían los escultores medievales cuando representaban a Cristo crucificado con la corona real, y por caminos a veces por nosotros desconocidos la Iglesia, la Esposa santa e inmaculada de Cristo, impulsada por el Espíritu Santo, trabaja en la extensión del Reino de su Esposo, especialmente con la vida de sus santos, mártires y misioneros, y expresa el ansia de su reinado en cada eucaristía

con las últimas palabras del Apocalipsis «Ven, Señor Jesús». Petición que también constituye el centro de toda la oración cristiana «*Adveniat regnum tuum*» «*Fiat voluntas tua sicut in celo et in terra*». Esta es la oración que salió de los mismos labios de Jesús que nos invita a pedir aquello que nos tiene prometido y quiere conceder nos. Esta esperanza ha sido confirmada por el magisterio de la Iglesia en muchos documentos pontificios, en el Concilio Vaticano II, y en el actual *Catecismo de la Iglesia*

católica. Desgraciadamente esta enseñanza ha sido frecuentemente silenciada o deformada.

Resumiendo, la esperanza en la consumación o plenitud del Reino de Dios está fundada en las promesas divinas, el magisterio de la Iglesia y expresada en la oración.

Podemos plantearnos la cuestión acerca de si la esperanza del reinado de Cristo puede ser también objeto de la virtud de la esperanza teológica y goza por tanto de la misma certeza. Santo Tomás (STh. II-II, q.17, a.3) respondiendo a la objeción de si se puede esperar para otro la bienaventuranza eterna, señala que si bien de forma absoluta la esperanza se refiere a la bienaventuranza propia, sin embargo, teniendo en cuenta que el amor implica cierta unión con la persona amada, se sigue que la bienaventuranza del otro se pueda considerar que forma parte del bien propio. Por ello concluye que por la misma virtud de la esperanza esperamos la bienaventuranza para nosotros y para las personas que son objeto de nuestro amor y amistad. Esta relación de la esperanza con la caridad se puede aplicar a la esperanza del triunfo de Cristo en la historia. El reino de Cristo es el camino, el único camino de salvación para tantos hombres, especialmente para los más pobres, entendida la pobreza no solo en el sentido material sino sobre todo espiritual. Solo en una sociedad cristiana llegará el anuncio del Evangelio a todos los rincones de la vida social. Entre los signos o criterios que el profeta Isaías señala



como indicativos de que el Mesías o Cristo se halla entre nosotros está el consabido de que «*los pobres son evangelizados*» y los pobres generalmente solo son evangelizados en una sociedad en la que la fe cristiana informe todas sus manifestaciones, es decir, que Cristo reine en ella.

Hasta este momento he tratado de la esperanza en el triunfo de Cristo en la historia sin hacer mención expresa a la relación que tiene con la devoción al Corazón de Jesús.

Este es el tema central del magisterio del padre Orlandis y es lema de la revista CRISTIANDAD. «Al Reino de Cristo por la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y María». En el escrito programático y carismático del padre Orlandis «Pensamientos y ocurrencias» se trata de esta relación. Recordemos las palabras del padre Orlandis haciendo referencia a las distintas etapas de la devoción al Corazón de Jesús:

«La primera etapa es la de Paray; es la manifestación al mundo del Sagrado Corazón, de sus íntimos pensamientos, afectos y designios y de los tesoros de gracias, de santificación y salvación que encierra y quiere derramar sobre los hombres; es la petición de parte de Jesús de un especial culto y devoción, que se tenga y se tribute a su Corazón de hombre y a su Corazón de Dios; es un quejarse Jesús amorosa, pero acerbamente de la ingratitud y ceguera de los hombres, que corresponden a su amor con olvido, desvíos, menosprecios e injurias, y no quieren recibir los beneficios y gracias que Él anhela concederles; pero, además, es una verdadera profecía de que Él reinará en el mundo a pesar de sus enemigos y esto porque por esta nueva redención destruirá el imperio de Satanás y sobre las ruinas del mismo levantará el imperio de su Amor.»²

Dos aspectos íntimamente unidos, la llamada a reconocer el amor de Dios a cada uno de los hombres y la promesa de su reinado. En otro escrito, como veremos más adelante, el padre Orlandis se preguntará si santa Margarita llegó a entender el alcance de estas palabras proféticas.

«La segunda etapa, considero yo que la marcan los escritos y las empresas del padre Enrique Ramière. Todos los escritos y todas las obras del padre Ramière ... puede reducirse a pocas verdades fundamentales y aun cifrarse en dos principios, que son: el primero, el Corazón de Jesús es el centro de toda vida cristiana y espiritual, por ser fuente y origen de todas las gracias y dones que Dios hace al hombre, de todos los beneficios que le otorga en orden a su santificación y divinización; el segundo: el Corazón de Jesús es principio

único y divinamente eficaz de toda restauración y renovación social en el reinado de su Amor».³

El padre Orlandis al fundar Schola Cordis Iesu no quiso fundar algo nuevo y original sino dar continuidad a la tarea apostólica del padre Ramière, y observaba que incluso el Apostolado de la Oración del que había sido el principal impulsor no siempre había tenido presente esta doble faceta, personal y social, de propuesta y de promesa de la devoción al Corazón de Jesús.

El padre Orlandis no olvida las resistencias y el rechazo que frecuentemente encuentra el anuncio de la esperanza del triunfo del Reino de Cristo; este rechazo puede tener su origen en un espíritu pusilánime que ignore que este triunfo tan fuera del alcance de la actividad humana y sin embargo está reiteradamente prometido, promesas que encontramos desde sus orígenes en las revelaciones de Paray-le-Monial.

En respuesta a esta actitud escribe el padre Orlandis:

«¡Las promesas de Paray le Monial!: ¡Reinaré a pesar de mis enemigos! Estas palabras resonaban de continuo en el oído de santa Margarita. ¿Cómo las entendía la santa? No lo sabemos de cierto. Algo nos dice de ello aquella promesa de Jesús en una de las grandes revelaciones: allí habla con más claridad; allí anuncia que su designio no es otro que la ruina del imperio de Satanás y la implantación en las almas del imperio de su amor.

Tal vez los primeros devotos del Corazón de Jesús no atendieron lo bastante a estas significativas palabras. Extendióse, muerta la santa, la devoción al divino Corazón pedida en las revelaciones, pero la idea del Reino más bien parece esfumarse. Mas llegado a su mitad el siglo XIX, al choque de la antítesis impía y liberal, la idea del Reino de Cristo cobra vigencia, claridad y precisión, a la luz de esta idea comienzan a interpretarse aquellas misteriosas palabras: «Reinaré a pesar de mis enemigos.» Y se inicia la corriente, que es cada día más crecida, de consagraciones al Corazón de Jesús. En ella se unen indisolublemente la devoción al Corazón de Jesús y la devoción a Cristo Rey. Y de esta unión indisoluble brotan dos fórmulas ya usuales: por la devoción al Corazón de Jesús al reinado social de Cristo; y aquella otra en que parecen ya identificarse las dos devociones: el reinado del Corazón de Jesús. Y esta devoción y esperanza de los fieles estriba principalmente en las promesas de Paray. Son los papas mismos, vicarios de Jesucristo en la tierra, los que también parecen dejarse arrastrar por la corriente de devoción y esperanza; los que alientan ahincadamente las esperanzas de los devotos del Corazón de Jesús y en sus públicos documentos manifiestan paladinamente su esperanza y no dudan en apoyarla abiertamente en las revelaciones de Paray».⁴

2. P. Ramón ORLANDIS DESPUIG, «Pensamientos y ocurrencias», CRISTIANDAD 269 (1 de junio de 1955).

3. Ibid.

4. Ramón ORLANDIS DESPUIG, «Sobre la actualidad

Nos queda una última posible objeción que contestar respecto a esta relación entre la devoción al Corazón de Jesús y el ideal de Cristo Rey. La planteamos en forma de pregunta.

¿Por qué afirmamos la esperanza del Reino del Corazón de Jesús?

ERA necesaria esta referencia al reinado del Corazón de Jesús? ¿No es mezclar dos cosas de alcance muy diverso? La devoción al Corazón de Jesús apunta preferentemente a establecer una relación personal e íntima con Jesús. Contemplando su Corazón herido por los pecados, olvidos y negligencias de los hombres, comprendemos más profundamente el amor de Dios y brota el deseo de reparación. Mientras que la devoción a Cristo Rey apunta en una dirección social que no va necesariamente unida a la anterior. Para contestar a esta objeción escribió José María Petit:

«Esta unidad queda muy patente con una fórmula gemela, “el reinado del Corazón de Jesús”, como meta suprema de toda predicación y toda acción, fin último de toda la actividad de la Iglesia, donde está todavía más clara la unidad de ambos conceptos. Y, naturalmente, nos impide reducir y naturalizar, según criterios humanos, llenos de oportunismo y malminorismo, cuál haya de ser el contenido de este reinado porque lo ha de ser, precisamente, del Corazón de Jesús. Es el mismo Corazón de Jesús el que señala todos los momentos y todas las etapas en la realización misteriosa pero real de su reinado.

»Al proclamar “el reinado del Corazón de Jesús”, resolvemos mejor la aparente dificultad de poner a la devoción al Corazón de Jesús como causa de un reinado que sería meramente su efecto natural y no la expresión perfecta del sentido de la devoción. El ideal y la meta es el reinado de un Rey que quiere reinar por amor. Sin esta dimensión de realización de su reinado no podría ser la devoción al Corazón de Jesús la “síntesis de toda la religión” porque dejaría fuera de ella la dimensión apostólica de ir a todos los hombres a anunciar la buena». ⁵

Una devoción al Corazón de Jesús sin apuntar al deseo y a la esperanza de su reinado no es meramente una devoción empobrecida y capitidismínuida, es dejarla sin el fin a la que está dirigida y es, sin duda, una de las razones principales que explican el hecho de que perdiera el vigor y la capacidad de impulsar

de la fiesta de Cristo Rey», *CRISTIANDAD* 39 (1 de noviembre 1945).

5. José María PETIT SULLÁ, «Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón», *CRISTIANDAD*, 904 (noviembre de 2006).

el celo por la actividad apostólica y evangelizadora, tan característica de la época, tan fecunda del padre Ramière. Gracias a él y con su revista *El Mensajero del Corazón de Jesús* la devoción al Corazón de Jesús se extendió por toda la Iglesia. Millones de familias se consagraron al Corazón de Jesús y docenas de países hicieron otro tanto. Congresos eucarísticos, adoración nocturna, nuevas órdenes religiosas, construcción de templos con esta advocación se desarrollan gracias a los vientos de fervor que entraron en la Iglesia con la extensión de la devoción al Corazón de Jesús.

Petit subraya las consecuencias de un Reino de Dios en el que esté ausente la devoción al Corazón de Jesús. Es un Reino de Dios desposeído de su auténtico carácter sobrenatural, es la antesala de la teología de la liberación.

Llegamos al punto final, que se refiere a la cuarta cuestión que planteábamos y que con las consideraciones anteriores ya hemos iniciado.

¿Qué consecuencias tiene para nuestro tiempo, para la Iglesia y para la vida espiritual de cada uno, negar u olvidar esta esperanza?

RECOGIENDO en forma de conclusiones lógicas las afirmaciones anteriores podemos decir que si la devoción al Corazón de Jesús es la síntesis de la religión y norma más perfecta de vida cristiana, según enseñaba Pío XI, olvidar esta devoción es olvidar la virtud de la religión y carecer de la norma última de la vida cristiana. Solo su planteamiento ya nos invita a reflexionar sobre las causas de la secularización que invade la vida personal y social de nuestro tiempo. Se ha despreciado el Corazón de Jesús, que es el principio único y divinamente eficaz de toda restauración y renovación social en el reinado de su Amor.

También habría que considerar las graves consecuencias religiosas e incluso meramente sociales de la ausencia de un mensaje de esperanza fundada. Se ha repetido, porque es una realidad, que vivimos en un mundo desesperanzado, las falsas esperanzas anunciadas por el progreso y las diversas ideologías políticas del siglo XIX se han desvanecido. Estas esperanzas seculares surgieron en gran parte con el propósito de hacer olvidar la verdadera esperanza en la vida eterna, pero también en muchos casos surgen estas falsas esperanzas históricas en respuesta al olvido de las promesas referentes a las esperanzas mesiánicas presentes en la Revelación y que tendrá su realización en la historia como anticipo incoado de su plenitud definitiva en la eternidad. Este olvido, fruto en ocasiones del temor de interpretaciones sesgadas, podía dar lugar a considerar

que en el mundo solo pudiera reinar el espíritu del mal, sin que fuera posible que el reino de Dios también fuera por misericordia amorosa de Dios sobre este mundo y sobre la historia. Cuando desaparece la esperanza del triunfo de Dios sobre el mundo o caemos en la desesperación, tantas manifestaciones en nuestros días de ello: aborto, eutanasia, suicidio, depresiones etc son manifestación de ello, o bien caemos en una mundanidad aparentemente satisfecha con el bienestar prometido aunque nunca plenamente alcanzado. Canals insistía sobre la gravedad de las consecuencias de tal negación:

«Cualquier proposición fragmentaria, o desarraigada del misterio de salvación, de una “doctrina social católica” o de un “cristianismo social” resulta insuficiente y tardía frente al ateísmo que lleva en sí el vigor de su mesianismo antiteístaico.

»Se tiene en muchos casos la impresión de hallarse ante un intento defensivo y una apologética concesión, en la que el mérito y la fuerza de la iniciativa y del anhelo de justicia parecen estar de parte exclusivamente del llamamiento revolucionario anticristiano.

»La máxima urgencia para la teología de nuestro tiempo radica, nos parece, en la tarea de fundamentar una interpretación teológica del sentido de la historia. Debemos convencernos en primer lugar que la fuerza desintegradora de los errores sociales de la modernidad anticristiana consiste en aquel su carácter de reducción secularizada, gnóstico-ebionita, de la esperanza mesiánica enunciada por los dos Testamentos.

»Ante una humanidad universalmente impulsada por el anhelo de conseguir en la inmanencia y en la historia la plena racionalidad de lo real y el sentido absoluto de la vida, se anunciaría estéril y fragmentariamente el mensaje del Corazón de Cristo, síntesis del evangelio del Reino, si se olvidase su constitutiva inserción en el dinamismo de anhelo y esperanza hacia el reinado del amor de Cristo sobre la universal sociedad humana».⁶

6. Francisco CANALS VIDAL, «El culto al Corazón de

Solamente en la humillación fruto de este alejamiento de Dios la humanidad podrá disponerse de nuevo a escuchar el mensaje de redención, mientras tanto, conscientes de nuestra miseria y pequeñez, participamos también de esta humillación y pedimos al Sagrado Corazón de Jesús que aumente nuestra confianza en su amor misericordioso.

Ante esta trágica realidad Dios ha suscitado en la Iglesia un camino pequeño y sencillo para que los hombres y los pueblos vuelvan su mirada al Dios misericordioso. Así lo recordaba Canals:

«Lo que el padre Orlandis subrayaba era precisamente la congruencia del modo “sencillo” e “infantil” en que santa Teresita anuncia la misericordia de Dios hacia las almas pequeñas, para una fructificación en la “humilde y suave confianza”, camino único hacia la plenitud de nuestra correspondencia amorosa hacia la caridad divina.

»Pero puesto que el “poder de Dios se ejerce en nuestra carencia de fuerzas”, como enseñaba el Apóstol Pablo; y puesto que el anhelo del corazón cristiano es que se genere en nosotros la imagen del Hijo de Dios, el Señor dio a santa Teresita del Niño Jesús el don inestimable de hacernos sentir a los cristianos nuestra humillación como esperanzadora gracia, y designio consolador y paternal de la Providencia divina. Santa Teresita del Niño Jesús, y en esto está tal vez la más profunda razón por la que el padre Orlandis la veía como definitivo apóstol de la devoción al Corazón de Jesús, nos exhorta al gozo, a la alegre esperanza en nuestra pequeñez, como camino y lugar en el que podemos sentir, en la forma más plena e íntima, la bondad salvífica y el amor misericordioso de Dios».⁷

Cristo ante la problemática humana de hoy» CRISTIANDAD 467 (enero de 1970)

7. Francisco CANALS VIDAL, «Al servicio del Sagrado Corazón de Cristo» CRISTIANDAD 700 (julio de 1989)

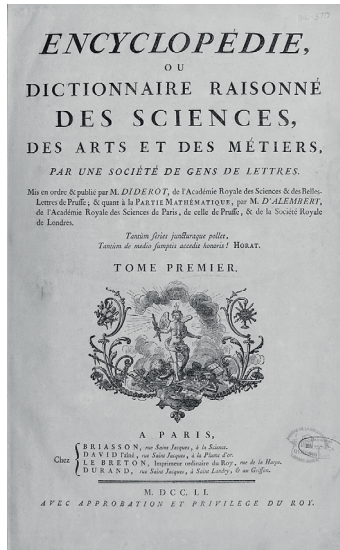
«Reinaré a pesar de mis enemigos»

«En mi aflicción, no sabía a quién dirigirme sino a Él, que siempre levantaba mi ánimo abatido, diciéndome sin cesar: “Nada temas; yo reinaré a pesar de mis enemigos y de todos los que a ello quisieran oponerse”. Me consolaron mucho estas palabras, porque sólo deseaba verle reinar».

De la autobiografía de santa Margarita María

Naturalismo y liberalismo: La sociedad ha abandonado a Dios

GERARDO MANRESA PRESAS



El racionalismo de los enciclopedistas

NUNCA hubiera imaginado el pensador católico René Descartes (1596-1650) que su famosa frase *pienso, luego existo* hubiera llevado a los filósofos e intelectuales que le sucedieron a una conclusión tan perversa como poco a poco fueron concluyendo sus sucesores.

El racionalismo trajo como consecuencia la transferencia a la naturaleza humana de todos los principios que se deben a Dios. Solamente lo que la razón humana podía captar era susceptible de ser creído, ignorando todo elemento o principio trascendente, lo cual trajo como consecuencia la más encarnizada y peligrosa lucha que se había planteado contra la Iglesia. Después de que, en el siglo XVII, el racionalismo implantó, en Inglaterra, el deísmo, como sustitutivo del Dios trino, y los avances científicos de Newton trajeron el empirismo, es decir creer solo lo que la experiencia muestra, la consecuencia de todo ello fue el predominio del naturalismo. Otro filósofo católico irlandés, John Toland, en su libro *Cristianismo no es un misterio* pretende demostrar que todos los misterios de la religión son o serán, con el tiempo, demostrables, reduciendo con ello lo sobrenatural a lo natural. El siguiente paso de este pensador fue la caída en el panteísmo.

En 1728 aparece la *Cyclopaedia* de Ephraim

Chambers, considerada la primera gran enciclopedia inglesa y obra de gran éxito en su tiempo hasta el punto de que fue traducida a varios idiomas. Cuando a mediados del siglo XVIII, se planteó la posibilidad de traducir al francés la *Cyclopaedia*, surgió la idea de hacer modificaciones y ampliaciones. La dirección de esta labor, la *Enciclopedia*, se encomendó a Denis Diderot, que aceptó con entusiasmo y decidió hacer una obra nueva. La aparición en Francia de la *Enciclopedia*, marca un hito capital en esta lucha en la que la impiedad se extendió y con insidioso refinamiento se pusieron en entredicho los más firmes postulados en los que descansa la fe y el dogma católico.

Dos notas hacen especialmente grave la labor de los enciclopedistas: el carácter en apariencia cultural y científico que dieron a sus ataques sistemáticos contra Dios y el exquisito refinamiento y aun elegancia con que supieron hacer digerir el veneno de su doctrina demoleadora en el seno de una sociedad interiormente corrompida y desde hacía tiempo preparada para recibir el manjar filosófico que satisficiera a espíritus ciegos, y les dejase ayunos de toda idea y sentimiento religioso.

El endiosamiento de la razón y su absoluta independencia de toda autoridad fue acogido fácilmente por los espíritus vanidosos y vacíos. La batalla contra Dios y su Iglesia podría librarse sin necesidad de proclamar abiertamente un ateísmo más molesto al oído que a las costumbres y ello hacía mucho más peligroso el racionalismo. Y conservando casi intactas las grandes fórmulas con que se gobiernan las sociedades hipócritas, podía destruirse el espíritu religioso que un día les dio vida y contenido sin que el pudor de los que todavía sentían con la Iglesia pudiera levantar señal alguna de protesta.

Esta fue la obra del enciclopedismo, bandera del naturalismo pagano: elevar la razón a tal altura que se rechazara por inútil y anticuada toda fuente de verdad revelada que pudiera poner freno a esta nueva diosa. Alegando los instintos brutales de la naturaleza, con hipocresía y perversidad, permitió que la razón fuera el verdugo de todo lo existente en el pasado y víctima de todos los «avances» que habían de venir, pues que «el oficio de la carne no es otro

sino tirar coces contra la razón»¹. El movimiento que creó el enciclopedismo fue la *Ilustración*.

El furor con que fue atacado lo sobrenatural en la época de la *Ilustración*, y el odio que en ella se muestra a todo cuanto se relaciona con la Iglesia, señala claramente la filiación naturalista y el signo destructor del cual el papa León XIII, en su encíclica *Humanum genus* acusa a los herederos ideológicos de los enciclopedistas, modernos perseguidores de la Iglesia en la sociedad nuestra.

El término librepensador se usó primero en Inglaterra a fines del siglo XVII, para señalar a quienes estaban contra las instituciones eclesiásticas, la creencia literal en la Biblia y su interferencia en las consideraciones científicas, y se documenta por primera vez en 1697, pero solo se hizo general cuando se publicó el *Discourse of Freethinking* (1713) de Anthony Collins (1676-1729). Se considera a John Locke, el padre del liberalismo de los librepensadores. El término se aplicó entonces específicamente al grupo de escritores deístas e ilustrados (los *freethinkers*). En Francia se divulgó a través de la publicación en 1765 del artículo *Liberté de penser* («Libertad de pensar») en *L'Encyclopédie* de Denis Diderot (1713-1784) y Jean le Rond d'Alembert (1717-1783). La duda reposada del deísmo inglés se trocó en Francia en un ateísmo burlón que se mofaba de todo lo que la Iglesia había enseñado. El libre pensamiento es lo más opuesto del pensamiento dogmático. Luego, nada puede ser más incompatible con el libre pensamiento que creencias religiosas, pues en nada hay más dogmatismo que en la religión, por lo que muy pronto se emplearon a fondo contra la Iglesia y todos sus dogmas y enseñanzas.

Su aplicación a la política, el liberalismo

DURANTE el siglo XVIII, todas estas ideas de los filósofos ilustrados fueron empapando al mundo político y social francés, principalmente, y motivaron cambios positivos en Europa, pues fueron el punto de partida para el nacimiento de un régimen liberal dirigido por la burguesía que sustituyó al régimen monárquico y provocó la Revolución francesa. En este momento todo el odio moderado que el liberalismo había mostrado contra la Iglesia hasta este momento se transformó en la más violenta de las persecuciones.

Aunque tras la caída de Napoleón parecía que la vuelta de la dinastía borbónica traería la restauración del régimen anterior, pronto los hechos demostraron que no fue así sino que la Revolución francesa trajo

como consecuencia un cambio total en la sociedad de aquel país y posteriormente en toda Europa. Las ideas liberales fueron dominando en las diferentes naciones europeas y, posteriormente, las americanas y la sociedad feudal se mutó en una nueva sociedad dominada por el liberalismo con una ausencia total de los principios universales que la fe revela.

«El naturalismo o racionalismo en la filosofía coincide con el liberalismo en la moral y en la política, pues los seguidores del liberalismo aplican a la moral y a la práctica de la vida los mismos principios que establecen los defensores del naturalismo. (...) Según ellos no hay en la vida práctica autoridad divina alguna a la que haya que obedecer; cada ciudadano es ley de sí mismo. De aquí nace esa denominada moral independiente, que, apartando a la voluntad de la observancia de los mandamientos divinos, bajo pretexto de libertad, concede al hombre una licencia ilimitada. Las consecuencias últimas de estas afirmaciones, sobre todo en el orden social, son fáciles de ver. Porque, cuando el hombre se persuade de que no tiene sobre sí superior alguno, la conclusión inmediata es colocar la causa eficiente de la comunidad civil y política no en un principio exterior o superior al hombre, sino en la libre voluntad de cada uno; derivar el poder político de la multitud como de fuente primera. Y así como la razón individual es para el individuo en su vida privada la única norma reguladora de su conducta, de la misma manera la razón colectiva debe ser para todos la única regla normativa en la esfera de la vida pública. De aquí el número como fuerza decisiva y la mayoría como creadora exclusiva del derecho y del deber.»²

La implantación de estos principios en la sociedad, que la han alejado de Dios, ha traído como consecuencia, en la vida social, ideologías todavía más perniciosas, como son el socialismo, el comunismo, el anarquismo, que han causado y causan revoluciones y odios entre las personas y las sociedades actuales, pues sin Dios en la sociedad cualquier mal tiene campo para desarrollarse.

Pero también hay un segundo grado de liberalismo

MUCHOS liberales reconocen sin rubor e incluso afirman espontáneamente que la libertad, cuando es ejercida sin reparar en exceso alguno y con desprecio de la verdad y de la justicia, es una libertad pervertida que degenera en abierta licencia; y que, por tanto, la libertad debe ser dirigida y gobernada por la recta razón, y consiguientemente debe quedar sometida al derecho natural y a

1. Obras del beato JUAN DE ÁVILA, p. 1672. Ed. Apostolado de la Prensa, Madrid, 1927.

2. LEÓN XIII, encíclica *Libertas praestantissimum*, 12.

la ley eterna de Dios. Piensan que esto basta y niegan que el hombre libre deba someterse a las leyes que Dios quiera imponerle por un camino distinto al de la razón natural»³. Esta limitación que estos liberales imponen a la voluntad de Dios que rige el mundo con su ley los lleva a una contradicción contra sí mismos, pues el juicio del hombre valdría más que la autoridad y la Providencia del mismo Dios. Por lo tanto, es necesario que nuestra norma de vida se ajuste lo más posible a todas y cada una de las leyes que Dios, en su infinita sabiduría, nos ha comunicado y que no se puede poner en duda que éstas concuerdan enteramente con la razón, pues siendo nuestro Creador, todo el mundo creado se mantiene en el orden que Él ha impuesto, la ley natural.

Dice León XIII, que existe aún un tercer grado de liberales, más moderados, pero tampoco consecuentes consigo mismos. Éstos afirman que las leyes divinas deben regular la vida y la conducta de cada una de las personas, pero no la conducta de los estados y en la vida pública es lícito apartarse de los preceptos de Dios y legislar sin tenerlos en cuenta. Es absurdo defender estas afirmaciones, pues de ahí brota la pernicioso consecuencia de la separación entre la Iglesia y el Estado. El Estado debe procurar que la sociedad proporcione a los ciudadanos medios para

vivir virtuosamente, es decir según las leyes de Dios, que es principio de toda virtud y de toda justicia, por lo que es completamente contrario a la naturaleza que el Estado se pueda despreocupar de esta misión que tiene y legislar contra ella. Es cierto que el poder político tiene fines y medios diferentes del poder religioso, pero es lógico que en el ejercicio de sus funciones se encuentran en más de una ocasión y sería absurdo que legislen contrariamente ambos poderes. Puesto que el fin del poder político es el bien de los ciudadanos, el bien de éstos radica en la prosperidad y los bienes materiales, pero el mayor bien de ellos radica en los bienes espirituales, que consisten en obedecer las leyes establecidas por Dios.

León XIII finaliza su encíclica *Libertas praestantissimum* suplicando a Dios:

«Nos, con humildad de corazón, alzamos a Dios nuestros ojos suplicantes y con todo fervor le pedimos

que se digne conceder benignamente a los hombres la luz de su sabiduría y de su consejo, para que, fortalecidos con su virtud, puedan en cosas tan importantes ver la verdad y vivir según la verdad, tanto en la vida privada como en la vida pública, en todos los tiempos y con inquebrantable constancia.»⁴ ¡Así se lo pedimos al Señor!



León XIII

3. Ibid, 13.

4. Ibid, 35.

Los más insidiosos enemigos de CRISTIANDAD

«**Naturalismo y liberalismo** son, pues, los principales enemigos del ideal de «CRISTIANDAD». No son los más violentos, pero son, indudablemente, los más insidiosos. Bajo aspectos de prudencia o de equidad, minan las convicciones mismas de los buenos católicos. Todos los demás se originan de ellos, o son matices suyos. Una vez han llegado a introducirse, queda la puerta abierta para todas las formas, de gravedad creciente, que se escalonan por las pendientes del ateísmo y de la revolución.

»El naturalismo y el liberalismo tienen en este momento, una gravedad especial: empapan hasta tal extremo nuestro ambiente, nos son tan connaturales, que escapan constantemente a nuestra observación, por lo que a veces es casi imposible reaccionar contra ellos.

»Por esto CRISTIANDAD, sin dejar de combatirlos directamente, va a emplear un método indirecto de eficacia positiva: contra el naturalismo, la propagación de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, fuente de la vida sobrenatural; contra el liberalismo, la proclamación de la soberanía social de Jesucristo, como único remedio para salvar a la sociedad».

«El porqué de esta revista», CRISTIANDAD, número de prueba, diciembre de 1943

El ideal de la esperanza en el Reino de Cristo



Los números de CRISTIANDAD publicados hasta ahora, a quienquiera que haya leído con atención siquiera mediana le habrá debido de entrar por los ojos la expresión insistente de una idea, la reiteración incesante de una esperanza: la idea de la realeza de Cristo, la esperanza de una realización del reinado de Cristo sobre la tierra con una perfección mayor que la que ha alcanzado hasta ahora. Esta idea y esta esperanza estructuradas, o por mejor decir, organizadas, vitalizadas, constituyen un ideal: ideal es éste de luz y de fuerza, ideal de vigoroso optimismo cristiano. Ideal que, en lo que tiene de nuclear y esencial, no es sino la herencia recibida por la Iglesia, de Cristo y de sus Apóstoles, que encierra el impulso de expansión vital de la verdad evangélica hasta conseguir la adecuación del Reino de Cristo de hecho con el de derecho, o lo que es lo mismo, la aceptación plena del encargo de Jesucristo *docete omnes gentes*: haced que todas las naciones acepten y acaten vuestro magisterio, admitan la buena nueva de que sois mensajeros, disfruten de los bienes que en esta buena nueva se les ofrecen.

Cada vez se ve con luz más clara que el deseo de Jesucristo manifestado en su Iglesia y por su Iglesia es que este ideal saludable y levantado penetre no tan sólo en el alma de los sacerdotes y de los religiosos consagrados a Él con vínculos especiales, sino que también oriente y vitalice el espíritu de todo cristiano.

Todos los números de CRISTIANDAD son una profesión de fe y de esperanza en este ideal y si en ellos a las veces transpira la indignación contra los malminoristas, por ejemplo, contra los católicos liberales, no es porque CRISTIANDAD ignore u olvide que en ciertas ocasiones, en sobradas ocasiones, por desgracia, es necesario y lícito contentarse y aun acogerse al mal menor, sino porque los católicos liberales de ayer y no menos los de hoy, prácticamente por lo menos, hacen de la hipótesis tesis, alaban y encarecen el bienestar de la Iglesia en las naciones en que se vive en la hipótesis, menosprecian como visionarios a los que aún hoy en día osan hablar del ideal y no pocas veces achacan a la intransigencia de éstos, para ellos visionarios, a su falta de cultura, de comprensión y de caridad, casi todos los males del mundo y de la Iglesia; la severidad y la dureza de trato la guardan para los intransigentes, mientras que la amabilidad y aun la melosidad untuosa la reservan para los que hacen necesaria la hipótesis. A los intransigentes a duras penas les otorgan la opinión de buena fe, que prodigan a manos llenas a los incrédulos, a los herejes, a los cismáticos.

De la condescendencia con éstos parecen esperar todo el bien, por lo menos el escaso bien con que se contentan. ¿Esta táctica, esta manera de pensar podrá dar otro resultado que el obscurecerse en la mente de los cristianos sencillos la convicción cristiana, que debe rechazar con dignidad todo error en la fe, toda mutilación en la verdad cristiana? Y esas tácticas de esperar el bien de la Iglesia de la alianza con los que si no están abiertamente contra ella, por lo menos es cierto que están fuera de ella ¿no será causa de que se debilite el espíritu sobrenatural, la esperanza en los medios eficacísimos, en realidad los únicos eficaces, que son patrimonio exclusivo de la Iglesia?

Padre R. ORLANDIS, «¿Somos pesimistas?», CRISTIANDAD, 1 de abril de 1947

«Desengañados de los medios humanos»*

LA experiencia muestra efectivamente la espantosa fuerza descristianizadora de estos movimientos políticos, inspirados en filosofías anticristianas, que han dominado el Occidente antes cristiano, hasta conducirnos a la situación que el papa Pablo VI describió como «nefasto secularismo».

Esta serie sucesiva de agresiones han producido el desorden, la «anomia», esto es el desajuste y desquiciamiento de aquel orden natural que la gracia preexige y que está destinada a elevar. De aquí la necesidad y la legitimidad de toda acción que por los medios humanos defienda la sociedad contra tales agresiones. Una presencia de los católicos en la vida política, un esfuerzo por restaurar el orden natural y reconquistar la verdad en el campo filosófico, científico, una búsqueda de expresiones culturales y artísticas que mantengan presente en el mundo de hoy la síntesis de la religión y de la vida, es una actitud no sólo lícita sino obligada. Tal vez pensaba en esto nuestro maestro el padre Orlandis al decir en su lecho de muerte a uno de sus más fieles amigos y discípulos: «lo quiero todo».

Pero la revista CRISTIANDAD cuyos redactores se habían nutrido en el mensaje del Amor misericordioso del Corazón de Jesús, manifestado al mundo desde santa Margarita María hasta santa Teresita del Niño Jesús, sintió además la vocación de recordar con insistencia la primacía de la confianza en la misericordia y la gracia de Dios como único medio eficazmente congruente para que sea posible anunciar en

las difíciles circunstancias de nuestro tiempo, la salvación que sólo de Dios, por los Corazones de Jesús y de María puede venir hasta nosotros.

Sería un grave error práctico creer que, por haberse ejercido la acción descristianizadora muy especialmente en el ámbito de la desintegración del orden natural de las sociedades, y a través de políticas profundamente anticristianas, pudiesen los católicos emprender la defensa del orden cristiano, del reinado de Cristo en la vida social, principalmente confiando en esfuerzos de orden cultural y político.

Ante la apostasía de las sociedades cristianas, frente a «demonios que sólo se vencen con la oración y el ayuno», nuestro maestro el padre Orlandis insistía en que el conocimiento de la realidad tenía que llevar a los cristianos de nuestro tiempo a la plena conciencia de la insuficiencia de todos los medios, semihumanos y ordinarios, en orden a superar las extraordinarias dificultades de nuestros tiempos. De aquí su insistencia, no sólo en man-



Ante la apostasía de las sociedades cristianas, frente a «demonios que sólo se vencen con la oración y el ayuno», nuestro maestro el padre Orlandis insistía en que el conocimiento de la realidad tenía que llevar a los cristianos de nuestro tiempo a la plena conciencia de la insuficiencia de todos los medios semihumanos y ordinarios..

tener firme el ideal y la esperanza del reinado de Cristo, que exige «sobrenaturalizarlo todo», o como afirmó Pablo VI «sacralizarlo todo», sino en orientar a sus oyentes y discípulos, hacia un práctico reconocimiento de que sólo la efusión misericordiosa de la gracia redentora puede dar fuerzas, incluso a

*Fragmentos del artículo de F. Canals Vidal, Entrega al amor misericordioso al Corazón de Jesús, Cristiandad, 644-645, nov-dic 1984.

las capacidades naturales humanas para su propia reintegración.

Recuerdo haberle oído afirmar con insistencia su convicción de que resultaría, para nuestros tiempos, ineficaz un apostolado nutrido en los ideales del padre Enrique Ramière, que rehusase aceptar el mensaje de infancia espiritual y de entrega al amor misericordioso del que fue mensajera santa Teresita del Niño Jesús.

Sólo desde la perspectiva de este mensaje espiritual, que se expresó en el escrito «Pensamientos y ocurrencias», ya publicado en las páginas de nues-

Esta «vocación de todos» es la de proyectar una actitud sobrenaturalizadora de todas las dimensiones de lo humano, mediante la afirmación no sólo del ideal del Reino de Cristo, sino de su esperanza apoyada en las promesas del Señor, las promesas del Corazón de Jesús comunicadas a santa Margarita María de Alacoque.

tra revista en otras ocasiones, puede comprenderse el sentido de la tarea propia de nuestra revista CRISTIANDAD. Toda empresa natural sobrenaturalizada para la que nos sintiésemos con concreta vocación y aptitud, habría de encontrar la raíz de su posibilidad en el hecho de que «los de Schola», los formados en la sección del Apostolado de la Oración que el padre Orlandis fundó, fuesen fieles a la que era como su vocación colectiva, «la vocación de todos», como se

dijo con precisión en el número dedicado al recuerdo del padre Orlandis después de su muerte, publicado en septiembre de 1958.

Esta «vocación de todos» es la de proyectar una actitud sobrenaturalizadora de todas las dimensiones de lo humano, mediante la afirmación no sólo del ideal del Reino de Cristo, sino de su esperanza apoyada en las promesas del Señor, las promesas del Corazón de Jesús comunicadas a santa Margarita María de Alacoque; una afirmación práctica que penetrase la totalidad de nuestra vida y la orientase siempre a la fidelidad, a la confianza y entrega al amor misericordioso del Corazón de Jesús.

Los redactores de CRISTIANDAD podemos ciertamente, y es incluso para nosotros nuestra vocación y deber esencial, sentirnos llamados, después del Concilio Vaticano II, por aquellas palabras que Paulo VI dirigía, en 1965 a los superiores de las órdenes y congregaciones religiosas dedicadas al apostolado del Sagrado Corazón de Jesús:

«Juzgamos que ésta es vuestra genuina tarea, vuestra actividad propia: a saber, que siguiendo la sagrada vocación que habéis aceptado libremente, difundáis cada vez más el amor al Sagrado Corazón, y mostréis a todos con la palabra y el ejemplo cuán necesario sea que la esperada renovación del pensamiento y de la vida y la mayor eficacia de las instituciones de la Iglesia según los principios del concilio ecuménico Vaticano II, tomen precisamente del Sagrado Corazón su inspiración y su impulso».

El ideal de CRISTIANDAD se cifra en estos dos lemas:

Al Reino de Cristo por la devoción al Corazón de Jesús; y la paz de Cristo en el Reino de Cristo. ¿Dónde podrá el mundo hallar la paz verdadera, que ha de ser fruto y exponente de su salud verdadera? En el Reino de Cristo; en el reconocimiento pleno y voluntario de la soberanía de Cristo, de su divina autoridad. Y, ¿cómo podrá ser llevado el mundo actual, incrédulo y rebelde, a reconocer y acatar la soberanía de Cristo? Por la devoción a su divino Corazón, por la creencia en sus promesas y por la confianza en sus auxilios.

Ramón ORLANDIS, S.J., 15 de junio de 1946

CRISTIANDAD, setenta y cinco años al servicio de la Iglesia

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ



EL pasado mes de abril de 2019 CRISTIANDAD cumplió sus setenta y cinco años. El aniversario ha pasado un poco desapercibido por haberse celebrado no hace mucho (noviembre de 2014) la publicación de su número 1000. Sin embargo, todo aniversario parece un momento oportuno para volver la vista atrás y contemplar la labor realizada con una mirada agradecida y una renovada conciencia de la responsabilidad de servicio a la Iglesia que hoy en día continúa teniendo CRISTIANDAD.

Porque CRISTIANDAD nació con una vocación de servicio: responder a la llamada del Papa para recristianizar el mundo a través de la extensión de la devoción al Corazón de Jesús, colaborando en la implantación de un orden divino entre los hombres y las sociedades. Así lo expresa en su lema, que mantiene invariable desde entonces.

Hoy, setenta y cinco años después de iniciar su andadura, es necesario dar gracias a Dios por el don de la perseverancia que el Corazón de Cristo ha otorgado a nuestra revista, don que tenemos como una gracia extraordinaria con la que nos sentimos honrados y que, una vez más, ponemos al servicio de nuestra Santa Madre Iglesia para «*instaurare omnia in Christo*».

Ahora bien, dos han sido los pilares sobre los que CRISTIANDAD desde su número de prueba publicado en diciembre de 1943, ha sustentado su labor: una concepción sobrenatural de la vida en todos sus órdenes y una unión estrecha con la Iglesia y con

su Pontífice, Vicario de Jesucristo en la tierra. Y en la fidelidad a estos dos principios tenemos que ver el fundamento de esa perseverancia, tanto en la intención como en la temática, tan característica de nuestra revista y de la que humildemente nos honramos por ser toda ella obra de Dios. Así lo quiso, con visión profética, el padre Ramón Orlandis que, a la vez que inspiraba la aparición de la revista, se impuso la tarea de vigilar que «nada de lo que en ella se publicara desdijera en lo más mínimo del nombre que con orgullo –orgullo santo– ostenta en su portada con caracteres deliberadamente llamativos. (...) CRISTIANDAD, al elegir este nombre, declaró sin rebozo que quería vivir en un todo del espíritu cristiano, del espíritu de la Iglesia de Jesucristo, de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, de la Iglesia romana, única y verdadera, de la Iglesia cristiana auténtica».

Y así, hasta diciembre de 1957, el padre Orlandis realizó las labores de «curador espiritual» con el objetivo de que CRISTIANDAD «en su juvenil inexperiencia, no se desviara un solo paso del camino que conduce a su meta; que nada pudiera descubrirse en sus páginas, que visto a la luz del Vaticano, pudiera parecer una mancha en su perfecta ortodoxia, una sombra proyectada por la interposición de un criterio menos conforme con el de la Madre Iglesia».

El 24 de febrero de 1958 nos dejaba el padre Orlandis y, tras unos meses de suspensión, CRISTIANDAD, asumiendo su mayoría de edad, retomaba de nuevo su servicio a la Iglesia, ratificándose en este propósito de permanecer siempre dentro de la más estricta ortodoxia, sin desviaciones a la derecha ni a la izquierda. Así lo esperaba el secretario general del Episcopado Español cuando, en carta dirigida al director de CRISTIANDAD el 10 de agosto de 1958, afirmaba: «Estoy convencido de que en esta segunda etapa seguirán las mismas orientaciones que tan maravillosamente supieron realizar en la primera y que se distinguirá, como entonces, por su fidelidad a la doctrina de la Iglesia y por su sumisión absoluta a la Jerarquía».

Sin embargo, a partir de entonces CRISTIANDAD ya no contaba con la curatela espiritual del padre Orlandis por lo que tuvo que renovar su propósito de colaborar en la extensión del Reino de Cristo encomendándose al Espíritu Santo, que enriquece con

una especial fortaleza y nos une más íntimamente a la Iglesia, porque sentir plena y filialmente con ella, tal y como prescribe san Ignacio en sus *Reglas*, ha sido siempre el propósito de la revista y en ello cifra, con la ayuda de la gracia divina, su perseverancia en los ideales que motivaron su nacimiento.

Y en el deseo –que acompaña a la revista desde sus inicios– de sobrenaturalizarlo todo, CRISTIANDAD siente en estos últimos tiempos la apremiante llamada de transmitir, quizás con más ahínco si cabe, una mirada sobrenatural sobre el Papa y la Iglesia, verdadera esposa inmaculada de Cristo.

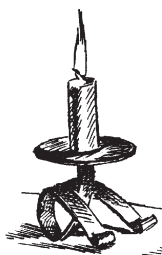
Por este motivo tres son los peligros contra los que CRISTIANDAD se mantiene especialmente alerta. Por un lado, callar lo que la Iglesia dice. Por ello es propio de CRISTIANDAD –hasta el punto que ha sido motejada de *Copiandad*– el exponer y recordar las enseñanzas de los papas y la Jerarquía. «No somos ni pretendemos otra cosa –explicaban en 1945 los redactores de CRISTIANDAD al desgranar las diferentes secciones que contendría la revista– que ser voceros, propagadores, de las doctrinas emanadas de la Cátedra Apostólica. No tratamos de explicar ni de interpretar al Sumo Pontífice. Al Papa no se le desaprueba ni se le aprueba: se le acata. (...) Este empeño por nuestra parte de ir recordando constantemente las enseñanzas de los romanos pontífices, nace del hecho inconcuso de que sólo la Iglesia puede dar a los individuos y a la sociedad el remedio que necesitan. (...) Nosotros, hijos sumisos de la Iglesia, no tenemos otros fines que hacer patente esta constante actividad de los papas para encauzar a la humanidad por los senderos de la Verdad suprema».

Un segundo peligro, más solapado y por ello más insidioso, consiste en decir que la Iglesia dice lo que no dice. Porque «no responde al sentir de la Iglesia, –continuaban los redactores de la revista en 1945– la cita de las enseñanzas pontificias forzando la traducción del texto original o de un modo tan fragmentario que altere el pensamiento auténtico de los papas. Tales citas, hechas generalmente sin referirlas a las ideas fundamentales que las presiden, dan pábulo a versiones inexactas de la inquebrantable posición de los pontífices ante los problemas gravísimos que tiene planteados la sociedad, y son fuente de desorientación y confusión. A todos, pues, nos obliga el prestar

atención a las palabras del Vicario de Jesucristo. Y no sólo a escucharlas con reverencia, sino a aceptarlas resueltamente sin distingos insultantes y sin capciosas interpretaciones». En esto también el padre Orlandis dejó asentado un principio profundamente orientador que CRISTIANDAD siempre ha hecho suyo: el Papa es infalible cuando habla, no cuando calla, y cuando habla como Papa; por lo que omisiones, silencios o comentarios personales del Sumo Pontífice o de la Jerarquía no pueden tomarse como criterio para justificar una sedicente toma de posición por parte de la Iglesia. Por consiguiente CRISTIANDAD no es, ni ha sido nunca, una revista de actualidades (ni políticas ni religiosas) aunque sí de una verdadera y profunda actualidad, según que la señala y declara el Magisterio auténtico de la Iglesia y según la entienden y comentan los doctores y escritores cristianos de valor reconocido, y desde la que penetra en el fondo de los diferentes acontecimientos que se van sucediendo en la vida religiosa, política y social de los hombres.

Y si CRISTIANDAD, en su juicio sobre las realidades temporales, dice algo que no sea la simple reproducción en sus columnas de la doctrina de la Iglesia, sólo persigue con ello el difundir el bien que ha recibido de ella, **evitando siempre un tercer peligro que también le llevaría lejos de su objetivo, y es el decirle a la Iglesia lo que debería decir**, según el consejo de León XIII, quien recordaba que «nadie crea que se prohíbe a los particulares poner en uso algo de su parte (...); los cuales, cuando el caso lo exija, pueden fácilmente, no ya arrogarse el cargo de doctor, pero sí comunicar a los demás lo que ellos han recibido, siendo así como el eco de la voz de los maestros». Este eco del magisterio de la Iglesia aplicado a todos los ámbitos de la vida del hombre, voz que «clama *ne cesses*», es el que encontrarán los lectores de CRISTIANDAD en sus páginas para que puedan así formar su propio juicio, tanto a nivel personal como social, enteramente conforme con el sentir de la «verdadera esposa de Cristo Nuestro Señor».

Con este propósito, y confiando una vez más en la gracia divina, CRISTIANDAD expresa de nuevo su deseo de continuar humildemente con su labor al servicio de la Iglesia proclamando, hoy más que nunca, a todo el mundo: «Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y María».



¿Por qué actualidad política?

JORGE SOLEY

¿QUÉ os ha dado en CRISTIANDAD con la historia? Más aún, ¿por qué escribís sobre temas de actualidad política si CRISTIANDAD es una revista religiosa? Uno está tentado de responder que precisamente por ello. Es la respuesta corta. También tenemos una respuesta larga, que es la que vamos a intentar explicar con un poco más de detenimiento.

Lo cierto es que estas preguntas y otras del mismo tenor aparecieron ya desde la aparición de CRISTIANDAD e incluso desde su periodo de gestación previo a la publicación del número de prueba de 1944. Precisamente ahí encontramos las pistas para comprender esta «manía» por la historia y esta atención a la actualidad política mundial. En su portada, explicando qué era CRISTIANDAD, se afirmaba la singularidad de la revista, que venía «en primer lugar, a despertar de nuevo el interés de los católicos por todas aquellas cuestiones fundamentales que, poco a poco, se han ido apartando de la zona de sus preocupaciones, y especialmente por los problemas que afectan directa o indirectamente al perfeccionamiento y a la existencia misma de la sociedad». Ante un repliegue intimista, tentación provocada por «el pesimismo provocado por la magnitud de los males presentes», CRISTIANDAD no renunciaba a la esperanza (aunque no de tipo humano, sino sobrenatural) ni a la confianza en que la Providencia divina dirige la historia, si bien lo hace por caminos misteriosos que, a menudo, son difíciles de comprender a primera vista. Y concluía, para quienes tienen una visión reductiva de lo religioso, advirtiendo de que «CRISTIANDAD no viene a ser una revista de carácter piadoso o eclesiástico propiamente dicho, ni menos una revista política»; sino que «se interesará por todos los problemas de

la sociedad civil, aunque desde el punto de vista cristiano». Nada sorprendente para quienes recuerdan la consigna del padre Orlandis de «sobrenaturalizarlo todo».

No es difícil encontrar en este carácter de la revista un eco de la que fuera la misión del inspirador de CRISTIANDAD, el padre Orlandis, que no era otro que el de formar celadores del Apostolado de la Oración. Pero no concebidos al modo reduccionista

y clerical: los celadores a cuya formación el padre Orlandis dedicó su vida debían convencerse de que la salvación para el mundo se halla en el culto y devoción al Sagrado Corazón, íntimamente unidos a la idea de Cristo Rey, verdadero antídoto para combatir el naturalismo del que afloran los males que amenazan con ahogarnos. Por ello mismo, los celadores que quería formar el padre Orlandis debían de ir mucho más allá de lo que esperaba de ellos una visión desesperanzada que renuncia al reinado social de Cristo, debían formarse

un juicio sobre el mundo en que vivían, primer paso para comprender las causas y alcances de los males que lo afligen y la única solución realista de que dispone.

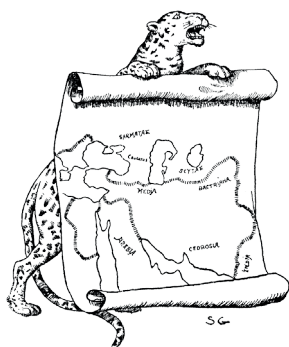
Para formarse este juicio, resulta obvio, la atención a los hechos históricos es fundamental. La historia se nos presenta como un gran depósito de experiencias vividas y de juicios prudentiales, y esto incluso desde un plano meramente natural. Al mismo tiempo, mirando a la historia descubrimos cómo los pueblos cumplen o se alejan de la voluntad de Dios y cómo cada uno de estos caminos tienen consecuencias, de las que se vale la Providencia para orientarnos hacia el buen camino, aunque a veces sea por la vía de permitir que experimentemos todas las nefastas consecuencias sociales del olvido de Dios.



Imperio I



Imperio II



Imperio III



Imperio IV

Pero hay más: la historia es el lugar en el que se despliega y desarrolla el Reino de Cristo, ya presente entre nosotros pero aún no plenamente consumado. El estudio de la historia a la luz de la revelación divina es lo que constituye la teología de la historia y es esta perspectiva la que CRISTIANDAD hace suya cuando escruta con insistencia lo que la historia nos muestra. **No se trata de curiosidad ni de erudición, sino de formar un juicio que oriente nuestra acción apostólica y que, al mismo tiempo, alimente nuestra esperanza, no sólo de nuestra salvación eterna, sino también del triunfo final de la Iglesia.** Así, CRISTIANDAD habla de historia, política y otras disciplinas sociales, pero siempre intentando descubrir a la Providencia divina actuando en la vida de los pueblos y naciones, descubriendo su mano amorosa y, tal y como sostenía el padre Orlandis, «rastreado los planes que ha trazado Dios a la humanidad y sondean-

El estudio de la historia a la luz de la revelación divina es lo que constituye la Teología de la Historia y es esta perspectiva la que CRISTIANDAD hace suya cuando escruta con insistencia lo que la historia nos muestra.

do con humilde osadía lo que en el porvenir estos planes le reservan».

Hablamos de historia, sí, y de política internacional o de sociología, y esto nos ayuda a formarnos un juicio sobre el mundo, pero ante todo, nuestra

mirada a estas realidades aspira a elevarse a un plano sobrenatural para, desde allí, descubrir los planes de Dios sobre la humanidad, el cuidado amoroso con el que nos guía, a pesar de nuestras múltiples rebeliones e infidelidades, a su Reino. Así se entiende que CRISTIANDAD haga suya, en la medida de nuestras modestas posibilidades, aquello que afirmaba Pau López Castellote, «aunque historiador parezco, sólo misionero soy».



Rdo. P. Enrique Ramière, S. J.
1821-1884

«La revista CRISTIANDAD, al servicio de los ideales del padre Ramière»

En una charla, dada por el padre Orlandis el 7 de enero de 1943, decía: «Venimos estos días tratando de la utilidad de publicar una revista que fuera una comunicación seria pero no magistral, de nuestros anhelos y esperanzas en el reinado de Jesucristo; una especie de exteriorización de nuestro “ensueño” como hacían los Apóstoles al hablar de lo que debía ser la sociedad cristiana... ». Y añade: «...Pues bien, este asunto creo traduce fielmente los deseos del padre Ramière... ». Por tanto, CRISTIANDAD, tal y como la concebía el padre Orlandis, estaba en sintonía con los anhelos y deseos del padre Ramière.

CRISTIANDAD, 331, año 1958

CRISTIANDAD: fructificación de Schola Cordis Iesu*

La prehistoria de CRISTIANDAD



*Manuel Irurita (1876-1936),
obispo de Barcelona*

EN el número 5 de CRISTIANDAD, el 1º de junio de 1944, nuestro llorado amigo Luis Creus Vidal escribió un artículo, asumido por toda la redacción de la revista, cuyo título es «“Prehistoria” de CRISTIANDAD». En diversas ocasiones nos hemos referido a esta entrañable narración. Es en esta primera crónica de CRISTIANDAD donde encontramos el primer testimonio de la sanción autorizada, jerárquica, de la labor del padre Orlandis. Luis Creus, que era ya un conocido publicista católico, tuvo ocasión de hablar con el obispo de Barcelona, el que pocos meses después sería obispo mártir, y que, por cierto, con la ayuda de Dios, veremos pronto en los altares. Díjole el santo obispo Manuel M^a Irurita refiriéndose a la dirección que el padre Orlandis daba a su grupo de Schola: «Sígala sin titubeos. Cuanto él les mande y recomiende hacer, es el obispo de Barcelona quien lo manda y recomienda». El padre Orlandis vio estas letras escritas en la revista. De él se hablaba, sin nombrarle.

* José M^a PETIT, CRISTIANDAD, 755-757, abril-junio 1994.

Ningún pudor, ni ninguna modestia, pudieron impedir que las aceptara, porque no eran un elogio sino un encargo. Ciertamente, el pensamiento del doctor Irurita, su juicio sobre la situación de la Iglesia y del mundo coincidía plenamente con el que tenía el sabio jesuita. Pero el obispo tenía además el carisma de pastor y podía mandar. Los de Schola supieron todos obedecer aquella consigna.

Y bien, ¿cuál es la prehistoria de CRISTIANDAD? Sencillamente aquel grupo que, reunido desde 1924 de modo informal y, desde 1929 de forma más asidua –hasta que tomó por entonces como nombre propio, como en un bautizo, el nombre modesto y a la vez serio de Schola–, y siempre bajo el magisterio del padre Ramón Orlandis, hacía tertulias en las que, con visión sobrenatural, se abarcaba todo lo humano que, en buena medida, puede resumirse bajo el amplio nombre de «historia».

Una Schola con un maestro y una doctrina

ERA una «schola», en efecto, pues había un maestro y había una doctrina, aunque era también una tertulia por la variedad de la temática que se desarrollaba en ella, y lo era todavía por la variedad de sus discípulos y por el clima de amistad que en ella no sólo se presuponía sino que se fraguaba. Pero esta tertulia había de fructificar, como una flor no puede menos de abrirse al llegar la primavera, enardecidos sus contertulios por el genio y fervor de su maestro y, sobre todo, por la radicalidad del mensaje que les proponía. Pero esto no fue de inmediato, no fue el resultado de una improvisación, ni de una romántica exaltación.

La revista nació cuando maduraron esos contertulios, y quizás el mejor síntoma de esta maduración –madurar es centrarse en lo fundamental– fue el que esta Schola creció o, mejor aún, se interiorizó hasta ser Schola Cordis Iesu, escuela del Corazón de Jesús. Terminada la guerra el padre Orlandis había sido encargado de la dirección del Apostolado de la Oración. No podía haberlo mejor.

CRISTIANDAD pues, nació de Schola Cordis Iesu. Sus miembros se sentían acuciados por las palabras de Jesús de que la luz no ha de quedar escondida sino que ha de brillar ante todos los hom-

bres. No es una cuestión de opción sino que es una exigencia. El apostolado es fecundo cuando se vive como obligación, aunque las circunstancias no parezcan las más idóneas, como escribe santa Teresa en el prólogo de las *Moradas*.

Esta era la razón de conciencia, razón a la que el

Toda la realidad puede –y debe– ser repensada a la luz de la fe, a la luz del magisterio de la Iglesia, buscando el sentido que la Providencia le ha señalado.

hombre no puede negarse delante de Dios.

Pero había una razón explícita para mover a los fundadores de CRISTIANDAD a superar todas las dificultades. Pensemos que la principal dificultad, entonces como ahora, es vencer la falsa modestia que nos hace decir: no sabemos escribir (cuando sin embargo hemos ido todos a la escuela), o como si se necesitase mucho más que esto para escribir. Veamos esta razón explícita. Merced al magisterio paciente e insistente del padre Orlandis estaban muy convencidos de que la doctrina católica era realmente la salvación de la humanidad. La única salvación para todos los tiempos porque lo es esencialmente. Y de un modo, incluso acuciante, porque Dios se sirve de la historia para explicar lo que es eterno, en la época de la tremenda segunda guerra mundial, entonces todavía no concluida, y con la definitiva expansión de aquel imperio comunista ateo que en España ya había hecho acto de presencia, como se dice en el primer editorial.

Cristiandad nació porque tenía un ideal

CRISTIANDAD nació, pues, con un impulso explícito que no era otro que el lema del papa Pío XI en su primera encíclica *Ubi arcano*, «*Pax Christi in Regno Christi*». En efecto, con la paz se realiza y se simboliza todo el bien del hombre. Pero la paz verdadera es un don que sólo Cristo puede dar. El Mesías, a la vez que rey victorioso, es el príncipe de la paz. De ahí la convicción de los fundadores de CRISTIANDAD.

Si con la paz se resume todo y la paz es el bien exclusivo del Mesías Redentor hay que sobrenaturalizarlo todo.

De otro modo, todo lo que deliberadamente es de tal manera humano que se cierra a lo divino no dará nunca, en ninguna época, un fruto de salvación para el hombre.

Como Pedro, después de curar al paralítico en el pórtico de Salomón, pensaban los fundadores de

CRISTIANDAD: no nos ha sido dado otro nombre en el que podamos ser salvados.

CRISTIANDAD nació, pues, porque tenía un ideal, este ideal que coincidía plenamente con el expresado en el lema del Apostolado de la Oración: *Adveniat Regnum tuum*. Pero una cosa es nacer y otra vivir. Y vivió –y vive ya por cincuenta años– porque tenía un programa. ¿Cuál es este programa? Apenas somos capaces de resumirlo aquí ahora. Y sin embargo es patente en las páginas de la revista. Es un programa esencial, intrínseco y sin embargo inacabable. «*Plura ut unum*». Las posibilidades de analizar toda la realidad humana, individual y colectivamente considerada, desde el punto de vista del plan de Dios, no pueden ser agotadas.

El padre Orlandis maestro en teología de la historia

TODA la realidad puede –y debe– ser repensada a la luz de la fe, a la luz del magisterio de la Iglesia, buscando el sentido que la Providencia le ha señalado.

Pensemos este punto con detenimiento: si la filosofía cristiana es la *fides querens intellectus*, y esta tarea es inmensa y crecientemente esclarecedora de la realidad humana –y, por cierto, también en esta rama fue el padre Orlandis el maestro al que no han faltado tampoco, a su vez, fructíferos discípulos, que se concretan en una viviente escuela tomista–, lo que los redactores de CRISTIANDAD abordaron, lo que debe ser llamado con toda propiedad la «teología de la historia», es la fe que no es que pregunte sino que nos hace conocer y repensar la historia para entenderla, merced a la fe, en su verdadero sentido.

Pues, si desde el comienzo del cristianismo la fe preguntó a la razón y en la respuesta iluminada por esta fe nació el más grande y completo sistema racional que tiene la humanidad como depósito perenne –que la Iglesia, por cierto, guarda a la vez como instrumento eclesial y como servicio universal a la misma humanidad–, así también, desde el comienzo de la historia, con ritmo sin embargo más lento y como esperando ciertos providenciales hechos, del todo singulares, que sin embargo están en la historia, y aprovechando sucesivas aportaciones de diversos hombres de Iglesia, en épocas precisamente de apartamiento y aún persecución religiosa y calamitosas para la humanidad, se consolidaba una reflexión indispensable desde la fe y sobre la historia humana. Pero la historia no es actividad racional, sino hecho, acontecimiento en gran parte mudo. Los mismos libros históricos de la Escritura

lo son si falta la perspectiva de la fe, la perspectiva del final de la historia que es Cristo.

Y por ello la fe no pregunta a la historia para que ella responda sino que la misma Providencia explica la historia. De otro modo la historia no se entiende. De otro modo la historia no enseña. La preeminencia de la fe es en este saber todavía mayor que en la filosofía.

Más penetrante y más abarcante. La historia expone, pero ante ella la razón calla atónita o incluso llama absurda a la realidad desvelada por la historia y es entonces cuando la providencia habla. Es entonces cuando hacemos teología de la historia. El padre Orlandis es en nuestro siglo el maestro de esta ciencia, como el padre Ramière lo había sido en el siglo pasado.

En el número «*specimen*» de CRISTIANDAD, el número primero de la revista todavía non nata, se decía desde el comienzo esta tesis central. «El ideal de una Providencia que rige los destinos de los pueblos, como rige los de cada individuo, es la base de toda concepción profunda de la sociedad y de la historia... Si los males que aquejan a la humanidad no escapan al gobierno de un Dios providente y bueno, estos males, de otra suerte desesperantes, adquieren para el hombre la razón de ser de todo aquello que, aunque no alcance a comprender, ve claramente con todo, que está incluido en un orden».

En este supuesto, CRISTIANDAD se había propuesto una tarea concreta, a la vez que muy amplia, que rezaba así: «...CRISTIANDAD, que viene a luchar por la implantación de un orden divino entre los hombres y las sociedades, afina desde el primer instante que este orden debe necesariamente basarse: 1º, en una concepción sobrenatural de la vida, y 2º en una unión estrecha con la Iglesia y con su Pontífice, Vicario de Jesucristo en la Tierra».

Confianza en la Providencia divina

PERO CRISTIANDAD no hubiera nacido o, no celebraríamos ahora su cincuenta aniversario, —pensemos en la parábola del sembrador de buena simiente, pero de diferente lugar de la siem-

bra— si no hubiera una tercera razón que se inculcó en los entonces jóvenes de *Schola Cordis Iesu*: confianza en la Providencia.

Confianza ilimitada, tan ilimitada que alcanza incluso o, más bien supone, los límites de nuestra fuerza y pone solamente su confianza en las promesas del Sagrado Corazón de Jesús a santa Margarita M^a de Alacoque.

Digamos lo mismo desde el punto de vista de la revista, tal como apareció en ella.



In funde amorem cordibus.

scendi Dominici gregis? Dice el texto fundacional de CRISTIANDAD:

«No son los más violentos pero son, indudablemente, los más insidiosos. Bajo aspectos de prudencia o de equidad, minan las convicciones mismas de los buenos católicos. Todos los demás se originan de ellos o son matices suyos. Una vez han llegado a introducirse, queda la puerta abierta para todas las formas, de gravedad creciente, que se escalonan por las pendientes del ateísmo y de la revolución.

»El naturalismo y el liberalismo —sigue el texto— tienen en este momento una gravedad especial: empujan hasta tal extremo nuestro ambiente, nos son tan connaturales, que escapan constantemente a nuestra observación, por lo que a veces es casi imposible reaccionar contra ellos».

Puede que a muchos les parezca que está dicho todo, con radical integridad, sobre el panorama con que los fundadores de CRISTIANDAD juzgaban al mundo circundante. Puede que esto se lo parezca a unos y otros.

En concreto, desde el lado contrario al nuestro, desde los antiguos y actuales enemigos de CRISTIANDAD, este planteamiento es calificado, no pudiendo hacerlo de «conservador» o «derechista», de integrista. Sí, este es el calificativo con el que somos anatematizados. El padre Orlandis decía que no hay que ser integrista aunque debemos ser llamados integristas por nuestros enemigos.

El remedio no es lo mismo que la denuncia del mal

PERO CRISTIANDAD no es una revista integrista, ni lo ha sido nunca, ni lo será nunca mientras sea fiel a su fundador. Pero hay que saber la razón por la que no es una revista integrista, pues de otro modo seremos inevitablemente, a medio o a largo plazo, liberales. La razón, y no hay otra, queridos amigos de CRISTIANDAD, es la que se escribió providencialmente en el párrafo siguiente de la editorial citada. Dice así:

«Por esto CRISTIANDAD, sin dejar de combatirlos directamente, va a emplear un método indirecto de eficacia positiva: contra el naturalismo, la propagación de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, fuente de la vida sobrenatural; contra el liberalismo, la proclamación de la soberanía social de Jesucristo, como único remedio para salvar la sociedad».

Sirva esto para señalar sucintamente la cuestión de la operatividad actual de nuestros redactores —nosotros mismos— para combatir estos principales enemigos.

Siempre seremos más fieles a CRISTIANDAD y más eficaces si propagamos la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y proclamamos su realeza que si somos capaces de desenmascarar, en el plano social o político, este liberalismo y este naturalismo. Porque el remedio no es lo mismo que la denuncia del mal. Millones de hombres en todo el mundo, que no han leído CRISTIANDAD, combaten eficazmente el liberalismo con estas armas, las únicas armas. Y si no bastasen las razones que nos llevan a esta radicalidad, piense cada uno que el naturalismo le acecha a él mismo. Curar un mal desde la raíz es más efectivo que cortar el tronco por la mitad.

Lo que no tiene solución en el plano del discurso racional, lo tiene en el interior del corazón del hombre, porque lo que los cristianos pedimos es tener un corazón nuevo.

CRISTIANDAD es la señal de identidad de Schola

EXPLICADA la génesis de CRISTIANDAD desde Schola digamos para terminar lo que la revista devuelve a la asociación. Schola es una asociación privada seglar de apostolado, con estatutos aprobados por dos veces por el obispado de Barcelona y que espera ahora, con mucha tranquilidad y firmeza, su reconocimiento jurídico¹. Merced a CRISTIANDAD, «los de Schola», puesto que la revista no es el órgano ni oficial ni oficioso de la asociación, hacemos un apostolado que sin ser el único es, sin embargo, el que nos define y orienta. Schola sabe que va bien porque aquello en lo que fructifica de forma pública, la revista, es alabado por la más alta y por la más inmediata jerarquía eclesiástica.

CRISTIANDAD es como la señal de identidad de Schola Cordis Iesu. Sin la revista dejaría de existir el grupo como sección especial del Apostolado de la Oración. Schola respira por la revista hacia dentro y hacia afuera, se alimenta y crece, se objetiva, se fusiona y medita. La revista, en el mejor de los sentidos, nos compromete. Es como una ayuda mutua entre nosotros. No sólo somos redactores, somos, sobre todo, lectores de CRISTIANDAD. Como dice el Dr. Canals, debemos leer con frecuencia la revista que nosotros hacemos y no sólo la de los primeros números, sino la de los más recientes. La revista nos centra, nos interioriza.

CRISTIANDAD, a los de Schola, en fin, nos enriquece e impide toda tentación de sectarización. Y, lo que es más importante, aunque parezca extraño, la revista nos sobrenaturaliza. Nos sobrenaturaliza con su lema: «Al Reino de Cristo por los sagrados Corazones de Jesús y María». En este lema está nuestra confianza, confianza auténtica que por ser confianza sobrenatural va más allá de lo que esperamos. Por eso los de CRISTIANDAD estamos siempre tan jovialmente y alegremente sorprendidos. Nos sobrenaturaliza con su nombre, CRISTIANDAD, con el que exponemos el ideal del Reino de Cristo, que sabemos con absoluta certeza que vendrá.

Termino diciendo lo que hay que decir, muchas gracias, queridos amigos, muchas gracias sean dadas a Dios por este cincuenta aniversario.

1. Actualmente Schola es una asociación privada de fieles de ámbito nacional cuyos estatutos están aprobados por la Conferencia episcopal española.



Nueva sección: «A los 75 años de CRISTIANDAD»

IBÓN ELÓSEGUI

CRISTIANDAD hace setenta y cinco años...

CON este número de CRISTIANDAD conmemorativo de los 75 años de su aparición, damos comienzo a una nueva sección.

En la revista CRISTIANDAD de enero-febrero de 1998 José María Petit, q.e.p.d, habría una nueva sección titulada «Hace 50 años». Su razón de ser la expresaba él mismo en la introducción:

«Nos proponemos, a partir de este primer número del presente año, iniciar una sección de la revista que, de modo estable, consista en destacar algún hecho o algún documento que hubiera sido analizado por CRISTIANDAD hace precisamente cincuenta años. Dado el carácter «*sub specie aeternitatis*» que caracteriza, desde su aparición, a nuestra revista, esta sección retrospectiva es del todo coherente».

«Esta mirada hacia atrás confirma la fecundidad de la orientación que su inspirador, el padre Ramón Orlandis, S.I., imprimió a la revista desde su comienzo en 1944. Pero, además, como árbol que no ha agotado sus frutos, las páginas de la «antigua» CRISTIANDAD nutren de perennes razones a nuestra esperanza, la virtud que hemos de ejercitar particularmente en este año del Señor de 1998, segundo de la preparación al jubileo del año 2000, dedicado al Espíritu Santo».

Dicha sección se mantuvo hasta marzo de 2004, cubriendo los años de CRISTIANDAD comprendido entre 1948 y 1954. En abril de 2004 CRISTIANDAD celebraba su 60 aniversario (1944-2004), dedicando el número completo a dicha efeméride y reimprimiendo el primer número de CRISTIANDAD aparecido el 1 de abril de 1944, junto con dos artículos especialmente iluminadores y de los cuales aconsejamos su relectura «*El porqué de esta revista*» y «*Un número conmemorativo*».

En junio de 2004 se volvió a abrir la sección, esta vez con el nombre de «Hace 60 años», y una vez más de la mano de J.M^a. Petit, quien continuó con la misma hasta poco antes de su fallecimiento,

tras lo cual fue retomada, en junio de 2007, por José M^a Mundet i Gifre hasta enero de 2012.

¿Cómo es posible, se podría preguntar algún lector, que una revista pueda volver a publicar artículos escritos 50, 60 o 75 años antes? ¿Acaso el mundo en el que vivimos no ha cambiado tanto como para que se hayan quedado obsoletos?

Efectivamente nadie puede dudar del drástico cambio que el mundo ha sufrido desde aquellos años de 1944 hasta nuestros días. Mas, a pesar de dicho cambio, nadie puede dudar de que los temas nucleares son los mismos ayer, hoy y siempre. Y además,

cuando estos temas son tratados desde la autoridad del Papa, haciéndose eco de su Magisterio, o cuando se toma las palabras de los santos doctores de la Iglesia o de los escritores eximios, el contenido de estos «antiguos» artículos se convierte en una actualidad perenne, justamente porque la perspectiva desde la que se tratan es «*sub specie aeternitatis*». En esta misma línea, en El editorial de febrero de 1945 que tenía como título «*Clama, ne cesses*», se afirmaba:

«Porque, a diferencia de tantas otras que el lector conoce y aprecia, no es CRISTIANDAD una revista para ser mirada, o para

ser hojeada, o para ser leída, o tan siquiera para ser conservada. CRISTIANDAD es una revista para ser meditada... Si no consiguiera esto: que sus lectores meditaran su contenido, habría fallado en un extremo de importancia decisiva (...) ¿Es extraño que pida a sus lectores el fructífero e imprescindible trabajo que se llama meditar, desde el momento que no les ofrece, directa o indirectamente otra cosa que la palabra del Papa?

CRISTIANDAD no puede ser leída en el estribo de un tranvía. Quien la tome ha de estar dispuesto a descansar en ella. Si no se detiene a escucharla, la Voz que habla desde sus columnas no le dirá nada. Porque esta voz es una voz augusta, que exige silencio. Es una voz solemne, incompatible con apresuramientos. Es una voz que pronuncia palabras que tienen sentido profundo cuando ella las dice; pero que pasan a



ser tópicos vulgares si otros las usurpan. Es la voz de la Esposa de Cristo; aquella a quien ha sido dichos: «Clama, ne cesses».

¿Y cuál fue el fin con el que apareció la Revista? Su respuesta podemos encontrarla en el editorial del primer número, que precisa lo que será el «Ideal de CRISTIANDAD»:

«Como el lector podrá ver en este número, CRISTIANDAD no viene a ser una revista de carácter piadoso o eclesiástico propiamente dicho, ni menos una revista política. Será, en cambio, una revista “social” en su sentido más amplio, porque se interesará por todos los problemas de la sociedad civil, aunque desde el punto de vista cristiano; y también

una revista “religiosa”, porque se interesará por los temas religiosos, aunque desde el punto de vista social. Y todo ello encaminado a llevar a la mente y al corazón de sus lectores esta consoladora verdad: que sólo en el reinado social de Jesucristo, eficaz promesa de su divino Corazón, encontrará la sociedad el remedio de los gravísimos males que actualmente la afligen y amenazan».

Con este propósito, así como tratando de ser fieles a los redactores de las secciones anteriores, damos comienzo a esta nueva sección de «Hace setenta y cinco años», deseando que los lectores, en el silencio de sus hogares, lean y mediten con gran provecho los artículos que vayan publicándose.



HACE 75 AÑOS

IBÓN ELOSEGUI

El ideal de CRISTIANDAD

*En esta ocasión proponemos la lectura de uno de los artículos escritos en el primero de los números de CRISTIANDAD. En este escrito **Pere Basil**, uno de los «antiguos» de Schola, reflexiona sobre lo que es el ideal de CRISTIANDAD, y su consecuencia más inmediata que es la paz, tan anhelada como inalcanzable, a pesar de los muchos esfuerzos humanos que se han llevado a cabo a lo largo de la historia.*

En tanto los estados sigan planteando una convivencia puramente humana sin referencia alguna a Dios, la paz será una utopía, una quimera deseada pero imposible de alcanzar. Sin embargo, este ideal de la paz es realmente posible cuando se acepta como un don de Dios, ya que Él mismo nos dijo: «Os dejo la paz, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni se acobarde» (Jn 14, 27).

¿En algún momento de la historia se ha manifestado este ideal de Cristiandad al que anhelamos? Así lo afirmaba León XIII en la encíclica Immortale Dei (1895):

«Hubo un tiempo en que la filosofía del Evangelio gobernaba los estados. Entonces aquella energía propia de la sabiduría cristiana, aquella su divina virtud había compenetrado las leyes, las instituciones, las costumbres de los pueblos, impregnando todas las clases y relaciones de la sociedad; la religión fundada por Jesucristo, colocada firmemente sobre el grado de honor y de altura que le corresponde, florecía en todas partes secundada por el agrado y adhesión de los príncipes y por la tutelar y legítima deferencia de los magistrados; y el sacerdocio y el imperio, concordados entre sí, departían con toda felicidad en amigable consorcio de voluntades e intereses. Organizada de este modo la sociedad civil, produjo bienes superiores a toda esperanza. Todavía subsiste la memoria de ellos y quedará consignada en un sinnúmero de monumentos históricos, ilustres e indelebles, que ninguna corruptora habilidad de los adversarios podrá nunca desvirtuar ni oscurecer.»

En este artículo Pere Basil nos recuerda los fundamentos de este ideal tan esperanzador y tan necesario de recordar en los tiempos en los que vivimos. Veamos algunos extractos del mismo.

Sólo la Iglesia puede dar la paz al mundo

ASISTIMOS —ha dicho S. S. Pío XII— a uno de los más grandes incendios de la historia, a uno de los mayores trastornos políticos y sociales que se han registrado en los anales del mundo». Esta profunda crisis, resultado de un largo proceso histórico, ha puesto en evidencia un hecho que nuestros pontífices, uno tras otro, venían ya de tiempo señalando con marcada y significativa insistencia: los males gravísimos de nuestra sociedad moderna, cuya consecuencia es la falta de una verdadera paz.

Pero, al mismo tiempo, y con no menor insistencia, no han cesado de repetir a esta sociedad que la Iglesia tiene el remedio, y que sólo ella lo tiene; que la Iglesia puede dar la paz al mundo, y que sólo ella puede pacificarlo.

Así, entre otros, lo expresaba ya, claramente, Pío XI en su encíclica *Ubi arcano Dei*, al afirmar que, «siendo propio de sólo la Iglesia, por hallarse en posesión de la verdad y la virtud de Cristo, el formar rectamente el ánimo de los hombres, ella es la única que puede, no sólo arreglar la paz por el momento, sino afirmarla para el porvenir...» y después de comprobar el escaso o nulo resultado de cuantas tentativas han hecho los hombres a este respecto, añadía:

«Pero hay una institución divina que puede custodiar la santidad del derecho de gentes... la Iglesia de Cristo». «Institución que a todas las naciones se extiende», porque es católica; «que está sobre las naciones todas», porque es divina; que tiene «la plenitud del magisterio» y que «es la única que se presenta con aptitud para tan grande oficio»; probando esta virtualidad por tres razones: por «el mandato divino», por «su naturaleza y constitución» y por «la majestad misma que le dan los siglos».

Examinemos brevemente estos tres fundamentos.

El mandato divino

SE deriva del encargo de Jesucristo a sus Apóstoles: «Id e instruid a todas las gentes...». Por eso la Iglesia tiene el derecho, y el deber, de extenderse por todo el mundo. Es la catolicidad de la Iglesia: la extensión del Reino de Cristo, de de-

recho y de hecho, por toda la tierra, no por fuerza, sino por amor.

La Iglesia, instituida directamente para la salvación de las almas, tiene, en efecto, en función de este mismo fin, el encargo o mandato divino de dar la paz al mundo; pues esta paz no es sino el fruto del reinado social de Jesucristo.

Esta misión social, secundaria y subordinada a aquel fin trascendente, se deduce de la idea misma de la Iglesia y de la Revelación.

El mismo Dios, al vincular a la de nuestros primeros padres la suerte de todo el linaje humano, y al

fundar luego la Iglesia para unir a los hombres, miembros de las sociedades naturales, en la sociedad sobrenatural del Cuerpo místico de Cristo, ¿no demuestra ya una Providencia social, que mira a los hombres, no aisladamente, sino formando un cuerpo?

Y si Jesucristo vino al mundo con esta misión, no individual, sino social, de incorporar a los hombres a su Cuerpo místico, ¿no es natural que la Iglesia, que es este Cuerpo, tenga idéntica misión: unificar en sí misma a todo el mundo?

Y esta unificación sobrenatural, ¿no implica,

precisamente, un mandato de paz?

Por eso se ha comparado la relación de la Iglesia con las sociedades naturales, a la unión del alma con el cuerpo, «igualmente provechosa a entrambos; cuya desunión, por el contrario, es perniciosa, singularmente para el cuerpo, que por ella pierde la vida» (León XIII, Enc. *Libertas*).

La Iglesia es de naturaleza diferente de las demás sociedades, porque es de orden divino; es como el alma que vivifica un cuerpo, no como un cuerpo que sujeta a otro. Por esto la Iglesia no es un «superestado», como el alma no es un «supermiembro».

Esta función, por tanto, no es de ningún modo humillante para las sociedades civiles, como no es humillación alguna, para el cuerpo, tener alma. Por eso, no admitir esta función de «alma» de la Iglesia, es un suicidio.

Pero la Iglesia, además, es madre: la Santa Madre Iglesia. ¿Será, por tanto, una humillación aceptar su influencia y reconocer sus derechos maternos? ¿Por ventura no vemos que, al rechazar esta función y apartarse de la Iglesia, los pueblos pierden la paz, la moralidad y la civilización verdadera?



Porque la verdadera civilización no se funda en los progresos materiales, ni siquiera en la cultura, sino en la verdad y las virtudes cívicas.

¿Y quién, sino la Iglesia, «que posee la verdad y la virtud de Cristo», puede enseñar esta verdad y comunicar aquellas virtudes?

Este es precisamente su mandato divino.

Por la naturaleza y constitución de la Iglesia

BASTA considerar esta naturaleza y constitución para ver que la Iglesia tiene virtualidad y misión para este fin civilizador y pacificador del mundo.

Dos aspectos pueden considerarse en su estructura interna: el elemento social visible, humano, y el elemento invisible, divino: el cuerpo y el espíritu de la Iglesia. Ante todo, la Iglesia es una sociedad visible, formada por hombres mortales, que tienen alma, pero que no pueden comunicarse sino por el cuerpo; unificada por la voluntad de sus miembros, pues aunque obligatoria, es libre; constituida por órganos humanos y fundada sobre Pedro y sus sucesores, cuya autoridad es indefectible, por tener la promesa de la infalibilidad.

Y esta sociedad es: internacional, por ser una (con unidad de régimen y de fin) y por ser católica (es decir, destinada a salvar los hombres de todas las naciones); y supranacional, por la superioridad de su fin, que es eterno, y por poseer la verdad: la verdad esencial, íntima, trascendente, sin la cual no hay salvación; aquella a que el hombre aspira, y que ha de hacerle feliz, porque puede llenar su corazón.

Y como la base de la civilización —según se ha dicho— es la verdad, puesto que en ella han de apoyarse la moral y el derecho, claramente se deduce que sólo la Iglesia puede procurar la civilización verdadera.

Pero no basta esto; y notemos, de paso, que sería un grave error pensar que este es el fin principal de la Iglesia. Toda apologética que alabe a Jesucristo o a la Iglesia sólo por la sabiduría sublime de su doctrina social, los disminuye y rebaja.

No basta la verdad sola para civilizar y pacificar al mundo, sino que es necesaria, además, la «virtud de Cristo», lo cual nos lleva a hablar del alma de la Iglesia, que es el Espíritu Santo. Este es su elemento constitutivo esencial, el que la distingue en absoluto de toda otra sociedad humana, y sin el cual la Iglesia sería una sociedad espiritual y aun religiosa, pero en modo alguno una sociedad sobrenatural, es decir, participante de la esencia divina.

Al subir nuestro Redentor a los Cielos, dejó fundado el cuerpo de la Iglesia, pero faltaba a éste el alma, esto es, el Espíritu Santo, que uniera sobrenaturalmente este cuerpo con su Cabeza divina, que es Cristo.

Y el día de Pentecostés, Jesucristo, que tiene el Espíritu Santo por derecho propio, le dio a la Iglesia, no sólo los dones, sino la misma Persona del divino Espíritu. Desde este momento, tiene la Iglesia el Espíritu Santo, que es el vínculo substancial que une al

Padre con el Hijo; y lo tiene como en «propiedad», por haberle sido donado «socialmente» y de una manera «permanente», para darlo a su vez a los hombres todos, sin distinción de naciones, uniéndolos con amor sobrenatural.

Y como la paz no puede venir sino de la caridad, y el Espíritu

Santo es la caridad, la Iglesia y sólo ella tiene poder y misión de dar la paz, pues quien da la causa da también el efecto.

Por la majestad misma que le dan los siglos

MAJESTAD dos veces milenaria, majestad no igualada en dignidad por otra institución alguna, majestad que «ni con las tempestades de la guerra quedó maltrecha, antes, con admiración de todos, salió de ella acrecentada». La historia comprueba esta misión de la Iglesia, depositaria y defensora de la civilización y la paz.

En cambio, cuantas tentativas hasta ahora se han hecho, fuera de ella, para asegurar esta paz, «ninguno o muy poco éxito han tenido, sobre todo en los asuntos debatidos con más ardor».

Y «es que no hay —añade Pío XI— institución



alguna humana que pueda imponer a todas las naciones un código de leyes comunes, acomodado a nuestros tiempos, como fue el que tuvo en la Edad Media aquella verdadera sociedad de naciones que era una familia de pueblos cristianos. En la que, aunque muchas veces era gravemente violado el derecho, con todo, la santidad del mismo permanecía siempre en vigor, como norma segura conforme a la cual eran juzgadas las naciones mismas».

Esto fue la Cristiandad medieval, cuya realización, a pesar de sus imperfecciones, sólo fue posible por la aceptación de la autoridad espiritual de la Iglesia.

¿Ideal o utopía?

SI los pueblos admitieran de nuevo esta autoridad, ¿sería una utopía pensar en la paz? No lo demuestra la manera de hablar de los papas. Veamos, si no, lo que dice el propio Pío XI:

«Cuando las sociedades y los estados miren como un deber sagrado el atenerse a las enseñanzas y prescripciones de Jesucristo en sus relaciones interiores y exteriores, entonces sí que llegarán a gozar de una paz interna buena, tendrán entre sí mutua confianza y arreglarán pacíficamente sus diferencias, si es que algunas se originan». ¿Es esto una utopía?

Dios no puede dar a la Iglesia una misión utópica. Blasfemia sería pensarlo siquiera. ¿Cómo Dios, que es infinito ideal, va a proponer a los hombres una utopía? La utopía es algo absurdo, imposible, producto de una imaginación enfermiza.

El ideal, en cambio, es algo realmente posible. Su realización, por parte del hombre, no será absoluta, exhaustiva, sino que, como todo lo humano, tendrá las imperfecciones propias de nuestra limitación, y aun las de nuestra naturaleza caída; pero podrá alcanzarse, de tal manera que, moralmente hablando, pueda decirse que se ha realizado.

La Cristiandad medieval fue una aproximación a este ideal de sociedad cristiana; limitada en extensión, pues no abarcaba todos los pueblos, y en intensidad, pues adolecía de muchas imperfecciones.

¿Es aventurado esperar una mayor extensión de este ideal, hasta comprender todos los pueblos del mundo, y una realización más intensa y perfecta del mismo?

Obstáculos que se oponen

SERIOS obstáculos, es cierto, se oponen a ese ideal. No es este el momento de exponerlos. Basta decir que la Iglesia de Dios siempre ha tenido grandes luchas, que muchos consideran como hechos aislados, pero que no lo son ciertamente. Así lo han sostenido los papas, entre ellos un León XIII, en su encíclica *Humanum genus*, indicando que

La paz no puede venir sino de la caridad, y el Espíritu Santo es la caridad. L y misión de dar la paz, pues quien da la causa da también el efecto.

desde el principio de la Iglesia ha habido, contra ella, no sólo guerra, sino guerra organizada. Por lo menos en los últimos tiempos esto es evidente. A pesar de ello nunca han dudado del triunfo de la Iglesia.

¿Por ventura ha perdido la Iglesia aquel mandato divino o su virtualidad sobrenatural para lograrlo?

«Reinaré a pesar de mis enemigos»

ES la suprema promesa en que se basa nuestra esperanza. Prenda de ella es la fiesta de Jesucristo Rey, con cuya institución —decía el mismo Pío XI en su encíclica *Miserentissimus*— «no sólo poníamos en evidencia la suprema soberanía que a Cristo compete en todo el universo, en la sociedad civil y doméstica y en cada hombre en particular, sino que adelantábamos ya el gozo de aquel día dichosísimo en que todo el orbe, de corazón y voluntad, se sujetará al dominio suavísimo de Cristo Rey».

He ahí el ideal de la Cristiandad, que es mucho más que un hecho histórico: es un ideal histórico. A él viene a servir esta revista: a hacer conocer, amar y esperar el reinado social de Jesucristo, ideal de la perfecta Cristiandad.



Copia de la primera imagen del Sagrado Corazón de santa Margarita Mª de Alacoque

La era del subjetivismo

DAVID GONZÁLEZ-ALONSO GRACIÁN

La fractura de la mente occidental

TRAS la crisis de la Escolástica, suscitada por los nominalistas, la llamada *via moderna* sembró en la mente occidental anhelos antropocéntricos. Un deseo irrefrenable de *potentia absoluta*, de libertad desordenada, de independencia radical, se apoderó de los espíritus.

La filosofía reivindicaba su independencia del dato revelado, y la teología se rebelaba contra el dato metafísico. Se había sembrado desavenencia entre la fe y la razón, y con ello, entre la vida política y el orden de la gracia.

En este contexto, *la subordinación del entendimiento a la voluntad* tiene una consecuencia: el deseo de independencia respecto de la autoridad del que sabe. Este anhelo de autonomía, que los nominalistas plantean *de la filosofía respecto de la teología*, se proyecta ahora sobre quien tiene la autoridad y la potestad para enseñar *la verdad objetiva* natural y sobrenatural, es decir, la Iglesia.

Esta proyección reviste dos formas: *por un lado*, se introduce el subjetivismo en la fe, y es el protestantismo. *Por otro lado*, se introduce el subjetivismo en la razón, y es la filosofía moderna. Ambas formas constituyen un potente principio secularizador, que romperá definitivamente la Cristiandad.

Es el momento en que la Hispanidad se rinde a la evidencia de los hechos: la Cristiandad *ha caído con la caída* de la *síntesis católica*, con la fractura de la *Veterum sapientia*, la antigua sabiduría clásica y cristiana. La Cristiandad *ha caído con la caída* del conocimiento objetivo.

Pero, aunque Occidente se había partido en dos nuevas mentalidades, protestantismo y humanismo renacentista, la Cristiandad sobrevivía, aún, de alguna forma, en Las Españas.

El virus nominalista a través de la Modernidad

EL voluntarismo nominalista inyecta su escepticismo en la filosofía cartesiana, distorsiona el papel de la Causa primera en Malebranche, desactiva el papel de las causas segundas en Lutero y su *sola gratia*; transmite *su principio de autonomía* a la moral kantiana, inocular el movi-

miento dialéctico en la filosofía de Hegel, introduce el distingo entre razón y pensar en la fenomenología de Husserl y de Heidegger, suscita la distinción entre individuo y persona en el personalismo de Maritain y el antropologismo de Rahner.

El virus terminista se difunde por la mente occidental y a partir de su doble vía, protestantismo y humanismo, teje una tela de araña de múltiples ramificaciones que llegan hasta hoy. Multitud de ismos se entrelazan y enmarañan. Es la nueva Torre de Babel subjetivista.

Babel humanista y protestante

—*Una antropología subjetivista*

Pico de la Mirandola (1463-1494) privilegia lo subjetivo frente a lo esencial con su concepto de dignidad humana. Exalta la posibilidad de autoterminación del hombre, y la sustenta en la ausencia de límites definidos. Es uno de los primeros intentos explícitos de fundamentar la dignidad humana en lo que Danilo Castellano denomina, con cabal insistencia, libertad negativa:

«Tomó por consiguiente al hombre así construido, obra de naturaleza indefinida, y habiéndolo puesto en el centro del mundo, le habló de esta manera: Oh Adán, no te he dado ni un lugar determinado, ni un aspecto propio, ni una prerrogativa peculiar con el fin de que poseas el lugar, el aspecto y la prerrogativa que conscientemente elijas y que de acuerdo con tu intención obtengas y conserves. La naturaleza definida de los otros seres está constreñida por las precisas leyes por mí prescritas. Tú, en cambio, no constreñido por estrechez alguna te la determinarás según el arbitrio a cuyo poder te he consignado».¹

Es la idea del ser humano *como proyecto de la subjetividad*.

—*Una falsa Reforma subjetivista*

Paralelamente, Lutero, con su libre examen, introduce el subjetivismo nominalista en el cristianismo.

1. PICO DELLA MIRANDOLA, *Discurso sobre la dignidad del hombre*, 1486.



Alberto Caturelli ha resaltado la importancia de la formación nominalista de Lutero:

«Lutero había recibido una formación occamista en la Universidad de Erfurt y más tarde, en sus estudios teológicos, bajo el influjo del mayor nominalista del siglo xv, Gabriel Biel, sin olvidar al propio OcKam y a Gregorio de Rímmini. Las consecuencias inmediatas se siguen rigurosamente pues la sacralidad del mundo deja de tener sentido. El mundo, si se me permite la expresión, se “mundaniza” del todo y la religión se enclaustra en la subjetividad de la conciencia»²

—*Nominalismo y autarquía del orden temporal*

La negación de lo común a todo hombre conduce a la exaltación indebida de lo individual. Esta exaltación de lo individual se traduce en la *autosuficiencia de la subjetividad*, que, proyectada sobre el orden temporal, deviene autarquía política. Es la pretendida autonomía de las realidades temporales: la sociedad como causa primera de sí misma.

Lo explica de forma excelente Caturelli:

«Jamás anteriormente –salvo en el pelagianismo,

2. Alberto CATURELLI, *Liberalismo y apostasía*, Gratis Date, Pamplona, 2008, p.4.

pero en un contexto muy diverso— se había abierto, desde dentro del Cristianismo, tan ancho margen a la autosuficiencia del hombre y de su mundo en el cual la sociedad comienza a aparecer como una yuxtaposición de singulares. Esto era imposible de evitar si se afirmaba, al mismo tiempo, la primacía de la voluntad y el nominalismo radical. En el plano teológico, Lutero, Calvino y los protestantes fueron consecuentes, aunque parezca paradójico (y así es de hecho), porque esta inicial afirmación de la enfermedad constitutiva de la libertad, hizo a esta misma libertad completamente autónoma en su mundo propio en el cual el poder temporal alcanza su total autosuficiencia. Se confirma la primera afirmación acerca del sentido del “liberalismo” como la concepción del mundo que sostiene la autosuficiencia del hombre y, por tanto, la separación de la razón individual del orden revelado».³

Esta pretendida autosuficiencia del orden temporal, que ha surgido como consecuencia del desarrollo del voluntarismo nominalista a través *del doble movimiento del subjetivismo* (humanismo y del protestantismo), será convertida en toda una *cosmovisión*: la del liberalismo.

Leviatán o el estado autodeterminado. Hobbes

THOMAS Hobbes (1588-1679), autor del *Leviatán*, de 1651, es un nominalista de libro. Concibe la metafísica como un conjunto de palabras y sus verdades como meras *relaciones de lenguaje*: para él no existen *relaciones reales* entre los seres, solamente nominales. Para Hobbes, la ley natural no es más que un nombre, no existe lo universal en moral, no es posible el bien común objetivo. En definitiva, como explica el padre Ceferino González:

«Hobbes es nominalista, como lo son generalmente, y por necesidad lógica, los materialistas. Para el filósofo inglés, “la universalidad de un mismo nombre dado a muchas cosas, es la causa de que los hombres hayan creído que estas cosas son universales en sí mismas...; pero es evidente que nada hay universal más que los nombres”».⁴

De esta noción de lo universal se desprende una concepción utilitarista de la moral y despótica del Estado, que tiene derecho a autodeterminarse sin ser juzgado:

«El soberano debe ser injusticiable, es decir, debe tener impunidad completa en todo cuanto emprende

3. Alberto CATURELLI, *Op.cit.*, p. 5.

4. Ceferino GONZÁLEZ, *Historia de la Filosofía*, Tomo tercero, n. 42.

o hace. Es dueño, además, de establecer o señalar la religión que bien le parezca para sus súbditos, que están obligados a obedecerle en esto como en todo lo demás. El bien y el mal, la virtud y el vicio dependen también del soberano, cuyas leyes civiles contienen y determinan lo que sus súbditos deben tener por derecho y deber, por bueno o malo, por virtud o vicio.» «La ley civil y no la ley natural es la que enseña qué es lo que debe llamarse robo, asesinato, adulterio».⁵

El ciudadano autodeterminado. Locke

JOHAN Locke (1632-1704), en sus *Ensayos (o Cuestiones) sobre la ley de la naturaleza*, intenta una reinterpretación voluntarista de la ley natural, que parece reafirmar años más tarde en *La razonabilidad del cristianismo*. La concepción de este autor es un híbrido entre humanismo y protestantismo. Desconfiando de la capacidad de la razón para conocer la ley natural, remite a la Sola Escritura protestante y su hermenéutica subjetivista.

La concepción de la ley natural de Locke está

Cuando los revolucionarios desmontan el «antiguo régimen» occidental, éste ya no era la Cristiandad, sino el Occidente deconstruido por el protestantismo y el humanismo, y sus desarrollos subjetivistas subsiguientes.

profundamente afectada por el concepto nominalista de potencia absoluta, que atribuye a Dios, entendido como una supersubjetividad positivista.

Para Locke, el hombre se crea a sí mismo, se autodefine. La propiedad del hombre sobre su propia esencia, que puede modelar a voluntad, es constitutiva de derechos subjetivos.

En su idea del hombre autodeterminado anticipa el autonomismo ético de Kant. También el *derecho-humanismo* personalista contemporáneo.

El hombre, ser supremo para el hombre moderno

ALBERTO Caturelli ha resumido en dos puntos el carácter del Estado subjetivista moderno:

«Nacen así, en esta línea que se mueve desde el voluntarismo nominalista hasta Locke y desde éste hasta los iluministas franceses, los caracteres del

5. Thomas HOBBS, *Leviathan*, Parte II, Cap. 2.

democratismo liberal moderno: el individualismo de base (concepción de la sociedad como suma de singulares); [y] la consiguiente “soberanía popular” infalible expresada en el “sufragio universal” que, si bien se mira, no es propiamente “universal” sino la mera suma de votos singulares.»⁶

—*La idolatría del hombre, esencia del subjetivismo*

El filósofo y viajero ilustrado Conde de Volney (1757-1820), en su panfleto *Las ruinas de Palmira o Meditación sobre las revoluciones de los imperios*, afirma que «el hombre es el ser supremo para el hombre». Es un principio que impresiona no sólo por su antropocentrismo, sino por su descarnada idolatría, ante la cual la tremenda advertencia bíblica resuena con todo su poder, atravesando milenios:

«Así habla el Señor: ¡Maldito el hombre que confía en el hombre y busca su apoyo en la carne, mientras su corazón se aparta del Señor!»⁷

El marxismo se apropia de este lema y lo amplifica:

«Y para el hombre la raíz es el hombre mismo. La prueba evidente del radicalismo de la teoría alemana, o sea, de su energía práctica, es que parte de la decidida superación positiva de la religión. La crítica de la religión desemboca en la doctrina de que el hombre es el ser supremo para el hombre».⁸

Con todas sus implicaciones, enriquecido por las aportaciones de Hegel (1770-1831), lo convierte en sustento ideológico de la fe en el hombre, o sea, de la idolatría revolucionaria moderna. La idolatría del subjetivismo.

La Modernidad ilustrada y revolucionaria

COMO estamos viendo, que de las entrañas de la era del subjetivismo haya surgido el liberalismo, no se debe a un suceso repentino e inesperado, sino a un proceso de expansión del voluntarismo nominalista.

Cuando los revolucionarios desmontan el «antiguo régimen» occidental, éste ya no era la Cristiandad, sino el Occidente deconstruido por el protes-

6. Alberto CATURELLI, *Op.cit.*, pág. 8.

7. Jer 17, 5.

8. Karl MARX en su *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, de 1843.

tantismo y el humanismo, y sus desarrollos subjetivistas subsiguientes. Las revoluciones operadas por el espíritu del subjetivismo, para imponerse en las leyes y en las instituciones, se han amparado en la *autosuficiencia subjetivista* —es decir, radicalmente antimetafísica— del orden temporal.

La Modernidad liberal es el protestantismo y el humanismo amalgamados en política. El «antiguo régimen» era, ya, un orden político artificial, era, ya, un orden subjetivista, cuya potencia absoluta será explotada, primero, por las revoluciones. La *Declaración de los derechos del hombre* son la declaración de los principios revolucionarios, pero antes, de los principios del subjetivismo.



Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831)

La Modernidad liberal

EL pensamiento subjetivista moderno es racionalista y naturalista, y en su expresión social y política, es liberal. Por eso, León XIII en su encíclica de 1888 *Libertas praestantissimum*, 12, relaciona claramente el anhelo de autodeterminación de la razón con el liberalismo:

«El naturalismo o racionalismo en la filosofía coincide con el liberalismo en la moral y en la política, pues los seguidores del liberalismo aplican a la

moral y a la práctica de la vida los mismos principios que establecen los defensores del naturalismo. Ahora bien: el principio fundamental de todo el racionalismo es la soberanía de la razón humana, que, negando la obediencia debida a la divina y eterna razón y declarándose a sí misma independiente, se convierte en sumo principio, fuente exclusiva y juez único de la verdad. Esta es la pretensión de los referidos seguidores del liberalismo».

Pero no se queda ahí el Pontífice. A continuación, denuncia la mentalidad de otro tipo de liberales que pretende reducir la moral a los principios de la razón, sin acudir al derecho natural y divino. Son esos liberales que «*niegan que el hombre libre deba someterse a las leyes que Dios quiera imponerle por un camino*

distinto al de la razón natural».

El camino recorrido por el subjetivismo ha sido largo. De los nominalistas hasta el liberalismo de tercer grado. Permanecemos, entre tanto, en la Era del Subjetivismo. No sabemos, todavía, qué vendrá luego. Sólo sabemos que combatiendo el nominalismo, y sus derivaciones jurídicas, morales, filosóficas y teológicas, contribuimos al fin de esta era *axiológica* y antimetafísica, y preparamos la restauración del orden tradicional.

Solamente a la luz de la doctrina clásica, de la *philosophia perennis*, de la tradición local hispánica, podemos vislumbrar un horizonte más amplio y luminoso.

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Enero:

Por la evangelización: Para que los cristianos, los que siguen otras religiones y las personas de buena voluntad promueban la paz y la justicia en el mundo.

Febrero:

Universal: Escuchar los gritos de los migrantes. Recemos para que el clamor de los hermanos migrantes, víctimas de los traficantes sin escrúpulos, sea escuchado y considerado.

Simposio tomista

«Unidad según síntesis» en Barcelona

ANTONIO PREVOSTI MONCLÚS

Los pasados días 8, 9 y 10 de noviembre de 2019 tuvo lugar en Barcelona, en la sede del Instituto Santo Tomás de Balmesiana, el VII Simposio de Estudios Tomísticos, dedicado a la memoria del que fue insigne profesor y también colaborador esencial de nuestra revista, D. Francisco Canals Vidal, en el décimo aniversario de su traspaso. Con el título de «Unidad según síntesis», tomado de una ponencia suya,¹ se quiso reflejar una idea directriz de su reflexión y de su legado: el pensamiento de santo Tomás tiene la potencialidad de reducir a unidad y conciliar, sin menoscabo de la diferencia y la diversidad, la multitud de antagonismos, polaridades y extremos aparentemente inconciliables y heterogéneos que la realidad nos presenta, en todos sus aspectos y en su constante cambio y fluir. Armonía entre fe y razón, entre teoría y praxis, entre cuerpo y alma, entre individuo y sociedad, etc., en el respeto del orden jerárquico que en cada caso la naturaleza de las cosas exige, es un rasgo bien conocido y característico de la doctrina del Aquinate. El Dr. Canals estimulaba a sus discípulos a llevar adelante la síntesis filosófica tomista «casi desconocida», es más, aún no plenamente llevada a cabo, en seguimiento de la consigna que su maestro, el padre Orlandis, le transmitiera. El reciente simposio tuvo el propósito de homenajear y agradecer a Canals el magisterio recibido, procurando continuar precisamente esta tarea.

1. Canals, a su vez, tomaba esta expresión de una fórmula dogmática del II Concilio Ecuménico de Constantinopla, en la que se usa para hablar de la unidad de la persona de Cristo por síntesis de las naturalezas divina y humana.

Tras la inauguración del evento con una Santa Misa y las palabras inaugurales del director del Instituto Santo Tomás y organizador del simposio, el profesor Dr. Enrique Martínez, las ponencias y comunicaciones se distribuyeron en cuatro grupos: La vocación de F. Canals, su pensamiento metafísico, su teología y espiritualidad, y su pensamiento político. Asumió la ponencia inaugural el padre Dr. Ignacio M^a Manresa, hnscc, que presentó la querida



figura del Dr. Canals bajo el título claro y certero de «Una vida al servicio del Corazón del Señor». Le siguieron la Dra. Mercedes Palet con su ponencia «Francisco Canals: maestro de ciencia y de vida» y el profesor Dr. José M^a Romero sobre la «Vida y fecundidad académica de Francisco Canals.» Estas ponencias entrañables recordaron a unos y dieron a conocer a otros, de la numerosa concurrencia que acudió al gran salón de actos de la Balmesiana, la personalidad, las motivaciones, y el carisma magisterial del homenajeado. El padre Dr. Ignacio Manresa subrayó cómo el fin al que lo ordenó todo, a saber, el apostolado de la devoción al Sagrado Corazón, unificó la vida de

Francisco Canals, tan rica en la diversidad de sus múltiples actividades. Después de exponer cómo se formó en él su vocación central, en la segunda parte de su conferencia, y puesto que Canals ejerció su apostolado sobre todo como maestro, expuso su enseñanza sobre el Corazón de Cristo, siempre preocupado porque dicha devoción se recibiera tal como la Iglesia la entiende.

En el bloque sobre el pensamiento metafísico de Canals intervinieron los profesores: Dr. Antonio Amado («La fundamentación de la metafísica en Francisco Canals»), Dra. Rosario Neuman («El

sello de la luz divina en el hombre y su ordenación a Dios»), Dr. Antoni Prevosti («Verbo mental y verbo vocal. La locutividad del entendimiento»), Dr. Enrique Martínez («Sentido de la primacía de lo teorético en la vida humana») y el Dr. Alex Verdés («Metafísica y ser histórico en la primacía del ser personal»). Todas ellas aportaciones notables y densas de contenido, por lo que no resulta posible aquí dar cuenta de todas. Para el lector que no quiera quedarse sin un atisbo, seleccionamos, por su carácter fundamental, unos rasgos de la primera. En ella, el profesor Amado hizo hincapié en el aspecto de unidad que preside la metafísica, en cuanto que no es sino una profundización de aquel concepto primero —el concepto de ente— que, siendo capaz de ser referido a todas las cosas, puede hacer que la pluralidad de los conocimientos sea algo más que una pura acumulación de datos. En la apertura de su conferencia, el profesor Amado subrayó también la potente aspiración sintética que anima la obra de Canals, que se expresa incluso en el hecho estilístico, tan patente en sus escritos, de largas, complejas oraciones en las que quisiera decirlo todo, porque en su mente lo tenía todo vinculado. Según dijo Amado, Canals trata ciertamente muchos temas, pero en él están pensados unitariamente casi al máximo de lo que es posible a un viviente humano.

En el tercer bloque de ponencias, sobre teología y espiritualidad, intervinieron los profesores: Dr. José M^a Manresa («Los siete primeros concilios: F. Canals y B. M. Xiberta»), D. David Amado («San José en el misterio de la Encarnación»), Dr. José M^a Alsina, hnscc, («Amor, humildad y confianza, claves del magisterio de santa Teresita»), Dr. Xavier Prevosti, hnscc, («Lo sobrenatural en los Ejercicios de san Ignacio») y finalmente el célebre escritor Sr. D. Juan Manuel de Prada, que disertó sobre «Teología de la historia según Francisco Canals». Entre todos ellos presentaron como un cuadro completo de los temas centrales de las aportaciones teológicas y la espiritualidad de Canals. Su estudio de los primeros concilios y su tesis doctoral sobre san José, como destacaron los ponentes, son valiosos documentos para el conocimiento de la ortodoxia católica y la penetración en el misterio de la divina economía en la redención de la humanidad. En cuanto a santa Teresita, como saben bien los lectores de esta revista y dijo el padre J. M^a Alsina, «como discípulo de su maestro el padre Ramón Orlandis, Canals encontraba en la fuente inagotable de la sabiduría de la santa más grande de los

tiempos modernos, el agua viva en la que saciaba su sed de unidad en la pluralidad. Canals, conversando sobre santa Teresita se mostraba personal, íntimo y muy exigente.» Al exponer, entre otras cosas, que «la fundamentación teológica de la doctrina espiritual de santa Teresita se encuentra para Canals en la explicación que hace santo Tomás en la II-IIae de la virtud de la humildad», la ponencia manifestaba una vez más la visión sintética de Canals. La teología de la historia, objeto también de intensa y rigurosa atención por parte de Canals, fue tratada en una esperada conferencia del laureado escritor D. Juan Manuel de Prada, que destacó la importancia de aquella temática y su necesidad para nuestros tiempos y cómo hay que entender rectamente la esperanza del reinado de los santos por mil años, según lo anuncia el Apocalipsis.

Por último, el domingo, en la sesión dedicada al pensamiento político de Canals, hablaron el Dr. Miguel Ayuso («Cristianismo y revolución»), el Dr. Javier Barrycoa («Pensamiento político de Francisco Canals») y el Dr. Emili Boronat («Catalanismo y tradición catalana»). Con sus certeras exposiciones y su profundo conocimiento del pensamiento de Canals, abordaron cuestiones y principios de máximo interés para el reconocimiento de la situación del

El reciente simposio tuvo el propósito de homenajear y agradecer a Canals el magisterio recibido, procurando continuar precisamente esta tarea.

mundo presente y la posible comprensión del camino que siguen los planes de Dios para establecer en él su Reino. Tal comprensión conviene al ejercicio de «la esperanza del reinado del Corazón de Jesús», que constituyó el tema de la conferencia de clausura, pronunciada por el Dr. José M^a Alsina. Alsina, a partir de emotivos recuerdos personales de conversaciones con Canals acerca de sus más centrales convicciones y motivaciones, desarrolló los rasgos esenciales de las enseñanzas de éste sobre la cristiana esperanza del reinado del Corazón de Jesús.

Con gran satisfacción por parte de organizadores y asistentes, no sólo por el alto nivel académico, sino sobre todo por la impresión revivida de la figura y el magisterio de Francisco Canals, agradecidos a los organizadores y a todos cuantos colaboraron a su celebración, tras unas palabras de clausura del presidente de la Sitae Dr. Antonio Prevosti, se cerró el simposio con la devota celebración de la Santa Eucaristía.



Santos jóvenes propuestos por el Papa en la exhortación «Christus vivit»

Santa Teresita del Niño Jesús, modelo para los jóvenes de hoy

CLARA M.^a TENDERO MANZANARES

Es probable que santa Teresita, bautizada por el papa Pío X como la «santa más grande de los tiempos modernos», sea más que conocida por todos nosotros. Es una de las santas más universales, pudiéndose afirmar que es modelo de santidad para todas las edades. Y es que su «ciencia del Amor» no puede sino atrapar a todos los que entran en contacto con ella. Por la sencillez de sus escritos, el elevado grado de madurez espiritual que llegó a alcanzar en su corta vida podría pasar desapercibido. Sin embargo, la realidad es que, en sus obras, se pone de manifiesto tal profundidad teológica en el conocimiento de la relación de Dios con el hombre, que sus enseñanzas encierran un mensaje renovado, siendo accesible y relevante para toda persona. Así lo declaró la Iglesia al proclamarla, en 1997, «*Doctor Amoris*», convirtiéndose en «*la más joven*» de los doctores de la Iglesia, como expresó san Juan Pablo II.¹

Pudiendo, por tanto, destacar muchos aspectos de la vida y enseñanzas de esta gran santa, es objeto de esta sección poner el foco en los jóvenes, para comprender mejor por qué es una de las santas propuestas por el papa Francisco en la exhortación *Christus vivit*.

El primer aspecto que destacar del mensaje que Dios nos ha querido transmitirnos a través de ella se encuentra escondido en cómo alcanzó su conocimiento. Toda su ciencia y posterior enseñanza no fue consecuencia de largos ratos de estudio entre manuales, sino que fue a través de la propia experiencia. Así, ella expresa cómo Jesús le hizo entender que fue Él quien la instruyó en secreto: «*quiero hacerte leer en el libro de la vida, donde*

está contenida la ciencia del Amor» (Ms B, 1^{or}). Además, hay que tener en cuenta que esa experiencia fue muy intensa, puesto que tuvo lugar en unos pocos años de vida. Como es conocido, desde muy pronto, Teresa tenía ya claro que quería corresponder a la llamada que Dios le hacía a servirle desde el Carmelo de Lisieux. Así, a los 15 años ingresó como religiosa allí, viviendo como tal durante poco más de nueve años, puesto que a los 24 partía a la patria celestial, habiendo cumplido su misión en esta tierra. Para nosotros, los jóvenes, contemplar su vida nos llena de esperanza y nos recuerda que solo tenemos el día presente para cumplir la voluntad de Dios.

Es, precisamente, este hecho el que san Juan Pablo II destaca como fuente de atractivo: «*esta convergencia entre la doctrina y la experiencia concreta, entre la verdad y la vida, entre la enseñanza y la práctica, resplandece con particular claridad en esta santa, convirtiéndola en un modelo atractivo especialmente para los jóvenes y para los que buscan el sentido auténtico de su vida*».²

Bien se puede decir que su conocimiento no fue más que un ejemplo de las palabras de Jesús: «*Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla*» (Mt. 11, 25). Esta es la convergencia a la que alude san Juan Pablo II, la que se descubre entre la manera en que ella penetró el corazón del Evangelio y el contenido del mensaje en que se sintetizó la sabiduría adquirida. Puesto que solo los sencillos, los pequeños, son los que pueden conocer los secretos del Amor.

La experiencia de santa Teresita nos enseña que, siendo muy consciente de su debilidad desde siem-

1. Extraído de la homilía que pronunció san Juan Pablo II en la Misa en que fue declarada doctora de la Iglesia (19 de octubre de 1997).

2. *Ibíd.*

pre, no fue hasta 1893, llevando cinco años en el Carmelo, cuando el Señor sale a su encuentro con la respuesta de su «caminito». El deseo de ser santa siempre había estado en su corazón, a la par que palpaba la impotencia de su solo amor para lograrlo, aunque lejos de desanimarse, siguió buscando y confiando en que había de existir una respuesta que conjugase esos dos hechos, aparentemente contradictorios. Esa respuesta es el Amor misericordioso de Dios, que a ella se le presenta concretado en unos versículos de la Sagrada Escritura³.

Como bien describe el padre Conrad de Meester⁴, tuvo que vivir un proceso desde que ese deseo que había tenido desde su más pronta adolescencia de «quiero ser santa» se transformó en «Jesús quiere hacerme santa», entendiendo que la única manera de que se hiciese posible era reconocer su pequeñez, para poder abandonarse y confiar plenamente en Dios.

Esto es a lo que un «joven que trata de vivir plenamente su juventud» se enfrenta cada día. Es propio de nosotros que nuestro corazón se inflame ante grandes ideales, deseosos de alcanzar la santidad. Pero, acompañado de ello, vemos cómo, aun teniendo los mejores propósitos, pronto nos desviamos del camino. Sin embargo, el legado de esta gran santa nos permite vivir sabiendo que reconocer esa pequeñez es lo que posibilita que Dios nos transforme. Todo joven tiene que vivir ese momento en que el idealismo propio de la juventud deja paso a la realidad, cuando aparecen las responsabilidades y problemas que trae consigo la vida como camino de santificación. Y en ese paso puede entrar el desánimo, ante la propia debilidad para afrontarlos, o, por el contrario, el arraigo en la confianza de que todo es fruto de la Misericordia, algo solo posible desde la humildad de aceptarse pobre. También, para poder lograr esto último, Teresa nos enseña que el lugar para encontrar ese amor a nuestra pequeñez es la oración y nos indica que, frente a todas las opciones que los jóvenes tenemos, hoy en día, para alimentar bien nuestro espíritu, nunca encontraremos mejor respuesta que en la propia Palabra de Dios.

No se puede dejar de contemplar su mensaje desde otras dos perspectivas que a los jóvenes nos atañen especialmente: el encuentro con el misterio de Dios Amor y su vocación misionera. Como se ha dicho, el núcleo de su mensaje es que encontró su respuesta en el Amor misericordioso del Padre. Su

«caminito» se basa en él. Solo desde este encuentro, se entiende el celo que tuvo por ganar almas para Cristo. Antes, hacía alusión a los jóvenes que quieren vivir plenamente su juventud, esto es, aquellos que son propiamente jóvenes, caracterizados por su vitalidad, su esperanza, o sus grandes ideales. Sin embargo, actualmente, como bien sabemos, son cada vez más los jóvenes que «no son propiamente jóvenes», fruto de no haber tenido ese encuentro con el Amor. Los jóvenes de hoy en día somos una generación que ha crecido en una sociedad en la que ya es muy difícil encontrar el nombre de Dios, por lo que muchos, normalmente, no han recibido la transmisión de la fe en sus hogares. Sin embargo, el problema no es solo que «no hayan oído hablar de Dios», sino que «no quieran ni oír las palabras Dios o Padre», puesto que fruto de la época en la que hemos nacido, han tenido que sufrir las dolorosas consecuencias de crecer en hogares y ambientes propios de una sociedad enferma y debilitada por haber rechazado a Dios. Pues bien, especialmente, para estos jóvenes, aunque no lo sepan, santa Teresa es su modelo. Sus enseñanzas son las adecua-

El legado de esta gran santa nos permite vivir sabiendo que reconocer esa pequeñez es lo que posibilita que Dios nos transforme.

das para que puedan encontrar sin rodeos el único Amor capaz de reparar y restaurar todas sus heridas. Por su cercanía, dulzura y naturalidad, puede darse un acercamiento, dejando atrás todo prejuicio. Por su sencillez y la cantidad de imágenes y símbolos que emplea (el ascensor, el pajarillo, etc.), se hace accesible a los jóvenes de hoy tan influidos por lo sensorial.

Por ello, queridos jóvenes (y menos jóvenes) que sí hemos tenido ese encuentro, y que por medio de su «caminito» profundizamos en la «ciencia del Amor», pidámosle a la patrona de las misiones que nos instruya en la labor misionera que tenemos frente a nosotros. Siempre, como ella nos enseña con su vida, implicará rezar y ofrecer cada acto de la nuestra. A veces, exigirá que hablemos de ella a todos, especialmente a aquellos jóvenes sedientos de verdad y de amor. No dudemos de que su mensaje es el que necesitan nuestros contemporáneos, hijos de una sociedad soberbia y engreída, que se jacta de haber rechazado a Dios, sin reconocer que cava su propia tumba. Conozcámosla más en profundidad y démosla a conocer, siendo sus instrumentos, para que ella siga «pasando su Cielo haciendo el bien en la tierra».

3. Citas de los versículos: (Pr.9,4) e (Is. 66, 12-13).

4. Capítulo II. «De la tensión a la expansión». En Conrad DE MEESTER, *Las manos vacías*, Monte Carmelo, (1993)



La última escapada
Michael O'Brien
Libros libres 2009

MARÍA JAURRIETA MANRESA

Cuando el Estado llamó a la puerta para educar a sus hijos, Nathaniel Delaney tomó una decisión: ser libre

NATHANIEL Delaney es el director de un pequeño periódico local, en el que vuelca incansablemente sus críticas a la sociedad y su deriva totalitaria. Separado, tiene tres hijos, aunque solo dos de ellos viven con él. El libro es, en realidad el diario de este periodista, en el que cuenta su historia, plasma sus reflexiones y copia algún artículo especialmente discutido de su periódico. El título del diario es:

DIARIO DE LA PESTE: UN ORÁCULO DE AVISOS, DONDE SE DA NOTICIA DE EXTRAORDINARIOS ACONTECIMIENTOS QUE OCURREN CUANDO TERMINA UNA ÉPOCA.

A lo largo de este «diario de la peste» el autor tiene la oportunidad de retratar nuestra propia sociedad a través de los pensamientos de un personaje como Delaney, absolutamente normal, con dificultades en el trabajo, con familia, con aparente tendencia a la locura y defectos comunes y corrientes y muchos, muchos problemas. Delaney se nos presenta como un periodista políticamente incorrecto y que incomoda a mucha gente con sus artículos. Y esto, naturalmente le trae muchos problemas profesionales. Como él mismo afirma «Hoy se considera de un mal gusto horrible, además de muy mal periodismo, publicar una opinión honesta».

Pero las dificultades se vuelven cada vez mayores. Y todo por causa de los programas educativos de la escuela de sus hijos:

«13 de abril. Estoy tan molesto que tengo la impresión de estar echando veneno. Tras la cena, Bam ha puesto sus deberes sobre la mesa de la cocina y ha dicho: «Papá, ¿por qué tenemos que aprendernos todo

esto?». A continuación, me ha mostrado los libros de las nuevas asignaturas que van a comenzar a estudiar en la escuela. En un primer momento, aquello parecía un material bueno y razonable. Pero no se trataba —lo vi— de inculcarle una formación académica, sino de estimular su conciencia social.

»Cuando los niños se fueron a dormir, me quedé un rato leyendo los libros despacio. Es una ingeniería social de magnitud tremenda, con expertos que dictan cómo tenemos que vivir, pero en el mejor tono del estilo académico: nada que pueda poner nervioso a un padre, salvo que uno se acerque mucho y empiece a reflexionar sobre lo que dice de verdad. El contenido mismo es un problema: sexo, orientación sexual, «discernimiento de valores», raza, religión. Lo que me molesta más del tema es que estas son materias que son desde siempre competencia de los padres».

En la escuela se enfrenta a una joven y diplomada directora, que trata de convencerlo con los argumentos habituales políticamente correctos. El principal es que se sale de lo normal. No es lo que todo el mundo hace... los pobres niños harán el ridículo por culpa de las manías del padre en una cuestión que no es de vida o muerte, ya que sólo es una asignatura... y otros que conocemos de sobra.

Estas escenas, acompañadas de artículos incendiarios, hacen que Delaney se quede solo frente a la sociedad. Comienzan a llegar cartas amenazantes, anónimos, llamadas telefónicas y llegan a destruir su imprenta, es decir, el medio de vida para él y sus hijos. «¿Por qué se enfada tanto esta gente? ¿Por qué escribo críticas tan amargas sobre su mundo maravilloso? Hey, que el periodismo es democrático ¿no?»

Esta es la situación cuando recibe una llamada telefónica de un alto cargo del gobierno, que le avisa que van a arrestarlo y hacerlo desaparecer. ¿Por qué? Porque es un personaje demasiado ruidoso y activo contra los designios estatales. Lo que conocemos como un disidente. El aviso va seguido de

acusaciones de desequilibrio mental, abuso sexual a sus hijos y asesinato. Acusaciones que se retransmiten por radio y que pone a todo el país en contra del periodista. Delaney decide huir:

«¿Qué hago? Estoy siendo perseguido por mi propio pueblo. Me he convertido en un enemigo de la nación. ¿a dónde voy? ¿en quién confío? ¿Dónde hay un alma libre de la infección ambiental?»

Nadie le cree, ni su padre, ni sus compañeros, ni su amigo Woolley. Solo confía en él una familia vietnamita que tuvo que huir de la persecución religiosa de su país y su abuelo indio. Sólo estos católicos sencillos, con vidas de sufrimiento están «libres de la infección ambiental»; libres de ese «ateísmo líquido» del que hablan Zygmunt Bauman y el cardenal Robert Sarah, libres de la confusión y las tinieblas de error que envuelven el mundo.

Este es el Estado al que se enfrenta Nathaniel Delaney, como un nuevo totalitarismo que ha asumido una nueva estrategia,

«¡Ave a la nueva cultura salvadora!

(...) El foco de la revolución puede estar pasando de la esfera política exterior, a la dimensión interna, a lomos de la cultura como vehículo. La revolución más efectiva es la que se presenta como liberación. Ante nuestra propia sorpresa e incredulidad, constatamos sin embargo que el enemigo no es esta o aquella otra tiranía sino una redefinición en el concepto de persona».

Un estado que envenena tan sibilinamente hace que la reacción de personas como Delaney parece exagerada, injustificada. En efecto, ¿contra qué se rebela Delaney? Contra un fantasma, contra un Estado omnipresente, burocrático que tiene en su puño la vida y la muerte, la ley y la libertad, términos que en sus labios han perdido su significado fundamental y se han convertido en tópicos llenos de contenido emocional. Como un canto de sirena que repite al oído de los hombres: «Seréis como dioses».

Su amigo, el doctor Woolley es una de las «víctimas» de este estado: joven y sobresaliente cirujano idealista, practicó eutanasias y abortos hasta el día que «perdió gusto a la muerte». Se convirtió en un cínico, para quien el sufrimiento, el sacrificio, el amor y la amistad no significan nada. Se limita a dejarse, a sobrevivir sin enfrentarse a nada ni a nadie, pero arrastrado por la corriente. Al final es el que denuncia a su amigo:

«Y entonces oigo el ruido de las hélices sobre el tejado. Antes de que pueda dar un paso, se abre pre-

cipitadamente la puerta del baño y hay tres hombres que me apuntan con sus pistolas desde el pasillo.

Woolley está tras ellos, mirándome. Da una calada a la pipa y adopta una expresión pensativa.

Salgo lentamente del baño. Con la boca abierta. Le miro.

- Los has llamado tú.

Se encoge de hombros.

- Confiaba en ti, doctor.

- Tu error ha sido creer que hay algo que importa —dice.

- No. Tu error es creer que nada importa. Y todo importa. Todo.

- Sí, bueno. Estos señores de las pistolas piensan que esto también importa. Y hay muchos más como ellos que gente como tú. Miles de millones, amigo mío. Mil millones por cada uno de los tuyos. Asombroso, ¿verdad?

- Esa proporción, Bertram, es lo único que no importa.

La policía se ha cansado del diálogo. Me llevan a empujones.

No importa el número de los que apoyan una afirmación, sino la veracidad de la misma, aunque sea defendida por uno o por pocos. La verdad es independiente del número de personas que la conozcan. Y solo la verdad acaba con la mentira. Solo la luz vence a la oscuridad. Nuestra esperanza es que la verdad resuene y se oiga por todas partes.

Suena una campana (...) Conozco ese sonido. Lo conozco. Lo conozco bien. Apostaría mi vida a que son las campanas de Jan Tarnowski.

Él murió, pero, de alguna manera, su palabra todavía suena a través de un fondo oscuro, de un paisaje de dragones.

- ¡Fuego, enemigos, falsedad! —repica por el valle.

Sí, Natano, señor director, papi, viejo luchador, vencedor de tantos miedos: ten ánimo escritor sin ánimo. Pues, pese a todo, aún hay gente ahí fuera. Y algo en su interior aún puede oír la palabra que destruye la mentira».

No es un libro de aventuras, la mayor parte la dedica a reflexiones de carácter intelectual sobre distintos temas como la educación o la cultura. Por eso puede ser un tanto árido para los más jóvenes o adolescentes. A pesar de ello, vale la pena leerlo en tanto que nuestro mundo se asemeja cada vez más a este mundo de «ficción» en el que cada vez más tendremos que tomar partido. Como dice el cardenal Robert Sarah en su reciente libro:

«¡Sólo el coraje de la resistencia podrá acabar con todas las falsas seducciones de una vida supuestamente emancipada! El amor a Dios y a los demás, la búsqueda paciente y perseverante del bien son, hoy más que nunca, la disidencia que el mundo necesita». (*Se hace tarde y anochece*, 313)



emos leído

ALDOBRANDO VALS

Pasarse de amable

*¿Se puede ser demasiado amable o no estar lo suficientemente enojado? Según **santo Tomás de Aquino**, sí, tal y como explica **Edward Feser** en su blog.*

La ira, explica Feser, es «la forma en que la naturaleza nos empuja a actuar para arreglar las cosas cuando están de alguna manera desordenadas... La ausencia de ira en los casos en que se requiere supone, por esta razón, un defecto moral y un hábito consistente en responder a los males con ira insuficiente es un vicio». Y añade Feser, citando a santo Tomás, que demasiada ira es un vicio, pero «la falta de la pasión de la ira también es un vicio».

En cuanto a lo de ser amables y afables, Feser recuerda que santo Tomás «señala que así como uno puede ser deficiente en este rasgo y, en consecuencia, ser de trato difícil para los demás, también es posible ir demasiado lejos en la otra dirección. El ser siempre amable y el estar ansioso por complacer se convierte en un vicio cuando impide que busquemos el bien o evitemos el mal. Como a veces es necesario ser menos afable, santo Tomás escribe que «si un hombre deseara agradar siempre a los demás, se excedería en el modo de agradar y, por lo tanto, pecaría por exceso».

«Hoy en día —escribe Feser— los católicos pueden olvidar fácilmente estas verdades. La seriedad de los Padres, doctores y santos ha sido reemplazada en muchos cristianos por una afabilidad aduladora y bastante falsa. Incluso cuando se trata de ataques con-

tra la fe tratan de ser de lo más afables, pero esta actitud conciliadora solo consigue intensificar la oposición a la Iglesia. Si los obispos se enfrentan a una persecución más seria en un futuro cercano, será precisamente porque no hablaron y actuaron con audacia y consistencia cuando la mala prensa era todo lo que tenían que temer».

Las razones de Monseñor Ashenden para cruzar el Tíber

CATHOLIC HERALD

*La noticia ha sido sonada: el antiguo capellán de la reina de Inglaterra hasta 2017, el obispo anglicano **monseñor Gavin Ashenden**, se ha hecho católico. En el número especial de Navidad del **Catholic Herald** monseñor Ashenden explica su recorrido vital hasta llegar a la Iglesia católica, un camino que le ha llevado a convencerse de que «en cada generación, el cristianismo tiene que convertir a la cultura que le rodea o, por el contrario, ser convertido por ella. La historia de Occidente es la historia de esta lucha».*

Y añade: «como anglicano, creí durante algún tiempo que tenía la ventaja de desarrollar mi fe en una iglesia amplia, lo que me daba mucho espacio para explorar. Ese pudo haber sido el caso hasta que el anglicanismo comenzó una repentina capitulación ante

las demandas cada vez más intensas y no negociables de la cultura secular. Vi cómo el anglicanismo sufría un colapso de su integridad interna y se tragaba de golpe el descenso de la sociedad secular a una cultura postcristiana».

Señala después tres elementos que, de forma particular, le impulsaron a dar el paso de entrar en la Iglesia católica. Su devoción mariana, iniciada a partir del conocimiento de las apariciones de Garabandal, cultivada a través de la amistad con el especialista en apariciones marianas René Laurentin y culminada en una intensa devoción al rosario. Su descubrimiento de la Eucaristía, sacramento que vertebra y da vida a toda la Iglesia. Escribe Ashenden al respecto que «es de gran alivio pertenecer a una comunidad eclesial donde la Misa es verdaderamente la Misa. Es un alivio celebrar una relación sin vergüenza con Nuestra Señora y los santos (especialmente en mi caso compañeros que incluyen al santo Padre Pío, a santa Faustina y a san Juan M^a Vianney). Es una gran alegría pertenecer y estar en comunión mística con figuras que siempre he amado, como san Martín de Tours, san Agustín, san Anselmo, y en plena comunión con Pedro».

Y concluye: «Pero la tercera razón es el Magisterio. Frente al asalto cada vez más letal contra la fe en nuestros días, descubrí que no existían medios teológicos para unir a los anglicanos ortodoxos en unidad eclesial. Se puede encontrar un anglicanismo diferente para cada día de la semana. Me di cuenta (demasiado tiempo después de que Newman y Ches-

terton ya hubieran explicado por qué) de que solo la Iglesia Católica, con el peso del Magisterio, tenía la integridad eclesial, la madurez teológica y la potencia espiritual para defender **la fe, renovar la sociedad y salvar almas en la plenitud de la fe**. Deus vult».

La manía de la diversidad



El escritor y psiquiatra Theodore Dalrymple escribe en el número de invierno de The Salisbury Review sobre la obsesión por las cuotas y el igualitarismo demográfico, una de las últimas modas políticamente correctas. Y sostiene que los esfuerzos de ingeniería social que llevan aparejadas acaban por imponer un tipo de comportamientos al hombre común:

«El antiguo gerente del Liverpool Football Club, Bill Shankly, dijo una vez que el fútbol no era un asunto de vida y muerte, sino que era algo mucho más importante. Supongo que un escritor podría decir lo mismo sobre la literatura, pero hoy en día hay una enorme diferencia o abismo entre la importancia percibida del fútbol y la literatura, siendo la primera enormemente más importante.

Mientras que una gran editorial como Penguin ha dicho que pretende publicar más libros seleccionados en base a características demográficas como la raza y la orientación sexual de los escritores, ningún club de fútbol en la actualidad selecciona a los jugadores siguiendo ese criterio. Dada la frivolidad intelectual de la dis-

criminación positiva, concluyo que el fútbol, a diferencia de la literatura, es un asunto demasiado serio para las interferencias de lo políticamente correcto.

El domingo pasado mi sobrino francés estaba de visita en Inglaterra para mejorar su inglés. Él es un entusiasta del fútbol y me llevó al pub a ver el partido entre el Manchester United y el Liverpool... No pude evitar fijarme en que cinco de los jugadores del Manchester y siete del Liverpool, eran, o bien negros o, como Obama, de raza mixta. Y no vi nada malo en ello, por supuesto: los jugadores fueron elegidos porque eran los mejores jugadores disponibles, sin ningún otro tipo de consideraciones tomadas en cuenta. Nadie soñaría en exigir que, en el futuro, haya jugadores de origen bangladés o vietnamita en el equipo, para reflejar su peso en la población.

Se puede decir con certeza que los jugadores de ambos equipos no eran de ninguna manera demográficamente representativos de la población de Gran Bretaña en su conjunto. Una representación demográfica más representativa significaría que la calidad del juego decaería, y bajo un régimen de pan y circo (o partidos de fútbol) como el que tenemos actualmente, esto sería una catástrofe.

Sólo en cuestiones sin importancia, como la composición de las altas esferas del gobierno, la asistencia a la universidad, los consejos de administración de las empresas o el poder judicial y cosas de este tipo, debe imponerse el principio del igualitarismo demográfico. El hecho de que ciertos grupos estén subrepresentados en estas esferas puede ser tomado como evidencia de prejuicio y discriminación, aunque por su-

puesto la sobrerrepresentación de las minorías étnicas en los equipos de fútbol no supone ninguna evidencia en esta dirección. Allí prevalece la meritocracia.

Las personas de origen bangladés están ausentes del fútbol profesional. En la hipótesis de los defensores de la discriminación positiva, esta ausencia tiene que ser el resultado de fuerzas malignas en acción. Si no están interesados en el fútbol como deporte o carrera tiene que ser porque han absorbido desde muy temprano la idea que a la gente de ascendencia bangladés no le interesa el fútbol, porque han absorbido la idea de que no pueden sobresalir en ello, y por ello no tienen modelos de conducta a seguir. Y la razón por la que no hay modelos a seguir es porque todos aceptan el estereotipo de que la gente de origen bangladés no juega al fútbol porque no son atléticos. Ellos mismos aceptan el estereotipo.

Lo que se requiere, por lo tanto, es desplegar un programa de ingeniería social y psicológica en varios frentes. El estereotipo debe ser destruido con la propaganda y la censura de aquellos que se muestran escépticos y se deben establecer cuotas para los jugadores de origen bangladés.

Las implicaciones totalitarias de todo esto son obvias. Sin embargo éste es cada vez más el camino por el que vamos a ir en muchas esferas de la vida, aunque hay que reconocer que no en el fútbol, porque el fútbol es más importante en nuestra cultura que la vida y la muerte. Y esto es porque nuestra clase intelectual teme o desprecia tanto al hombre común que cree que hay que obligarle a practicar la “virtud”, lo quiera o no».





Iglesia perseguida

«2019 ha sido un año de mártires»

Thomas Heine-Geldern, presidente internacional de Ayuda a la Iglesia Necesitada, hace un primer balance del último año

JOSUÉ VILLALÓN
AYUDA A LA IGLESIA NECESITADA



Thomas Heine-Geldern, presidente de la fundación pontificia *Ayuda a la Iglesia Necesitada* (ACN)

PARA el presidente de la fundación pontificia *Ayuda a la Iglesia Necesitada* (ACN), Thomas Heine-Geldern, «2019 ha sido un año de mártires, uno de los años más sangrientos de la historia para los cristianos. El culmen fue el ataque a tres iglesias en Sri Lanka con más de doscientos cincuenta muertos. La situación en China e India también nos preocupa mucho».

Según Heine-Geldern, un aspecto positivo es que «en Europa Occidental los políticos y los líderes de opinión hablan ahora mucho más sobre la libertad religiosa». Como ejemplo particularmente alentador, menciona el mensaje en vídeo del heredero al trono del Reino Unido, el príncipe Carlos, grabado en Navidad para Ayuda a la Iglesia Necesitada. En él señala el creciente sufrimiento y la persecución de los cristianos en todo el mundo y hace un llamamiento a la solidaridad.

En este contexto, Heine-Geldern reitera el llamamiento a las organizaciones multinacionales e intergubernamentales —como la UE y la ONU— para que permitan y protejan la libertad religiosa como un derecho humano fundamental a todos los niveles y en todos los países. «Se habla más, pero se sigue haciendo muy poco. Es difícil creer que en un país como Francia se hayan registrado du-

rante 2019 más de 230 ataques contra organizaciones cristianas. Los acontecimientos en Chile también son impactantes, cuarenta iglesias han sido profanadas y dañadas desde mediados de octubre».

Continúan los ataques en Nigeria y Burkina Faso

POR lo que respecta a África, el presidente de ACN está especialmente preocupado por la situación de los cristianos en Nigeria, donde los terroristas islamistas de Boko Haram operan en el norte y a lo largo de la frontera con Camerún. «En la Nochebuena, la aldea cristiana de Kwarangulum, en el estado de Borno, fue atacada por yihadistas que mataron a siete personas, secuestraron a una joven e incendiaron las casas y la iglesia. Solo un día después, un grupo escindido del EI publicó un video que, según sus declaraciones, muestra la ejecución de diez cristianos y un musulmán en el noreste de Nigeria. Todo esto nos aflige profundamente. Mientras nosotros celebramos la Navidad, otros lloran y temen».

El año 2019 también fue fatal para los cristianos de Burkina Faso, expuso Heine-Geldern. En algunas partes del país, los cristianos están siendo expulsados poco a poco; se han tenido que cerrar escuelas y capillas. «Según la información de que disponemos, han sido al menos siete ataques a comunidades católicas y protestantes, en las que fueron asesinados 34 cristianos —entre ellos, dos sacerdotes y dos pastores protestantes—. Nuestros socios en los proyectos refieren el intento de desestabilizar el país, de avivar los conflictos religiosos y de desencadenar la violencia».

Disminuye el número de cristianos en Oriente Próximo

LA situación de los cristianos en el Próximo Oriente está siempre presente en el pensamiento y en la oración. En este contexto, Heine-Geldern recuerda las palabras del arzobispo de Erbil, Bashar Matti Warda, quien ha llamado repetidas

veces la atención sobre el peligro y la situación de los cristianos en Irak. «La invasión del Estado Islámico terrorista es solo uno de los muchos ataques a esta comunidad de cristianos». Anteriormente, ya había habido varios «y con cada ataque disminuye dramáticamente el número de cristianos en Irak –y en Siria». También la agudización de la crisis en el Líbano está agravando la situación de los cristianos en el país y al mismo tiempo, como efecto secundario, crea muchos obstáculos para la asistencia humanitaria de la población en Siria.

Testigos de la entrega y amor de muchos

PERO Heine-Geldern también mira el año con gratitud: «lo hermoso de nuestro trabajo es que, además de la cruz y el sufrimiento, también podemos experimentar muy de cerca la gran entrega y el amor de muchas personas. Por ejemplo, en Siria: un país que de hecho sigue en guerra y sufre sus consecuencias. Hemos visitado el país varias veces en los últimos años; resulta muy impresionante ver cómo todos –laicos comprometidos, religiosas, sacerdotes y obispos, apoyados por la generosidad de nuestros donantes– están haciendo todo lo posible e imposible para aliviar la necesidad espiritual y material de la gente».

El 2019 ha sido desafortunadamente un año donde los cristianos una vez más se han visto duramente golpeados por seguir a Jesús. Más de 250 millones de bautizados viven en países donde corren peligro debido a la persecución y la discriminación, «sin embargo, gracias a vuestra ayuda ACN ha podido auxiliar a la Iglesia que sufre la pobreza y la persecución. Deseo lo mejor para este nuevo año 2020. No olvidéis rezar por la Iglesia que sufre», concluya el presidente internacional de ACN.

29 misioneros asesinados en 2019

AL acabar 2019, la agencia Fides, dependiente de Obras Misionales Pontificias, hace como cada año recuento de los «misioneros» asesinados durante este periodo. En to-

tal, veintinueve fueron asesinados en todo el mundo este año. Eran en su mayoría presbíteros. Fueron dieciocho sacerdotes, un diácono permanente, dos religiosos no sacerdotes, dos monjas y seis laicos.

Tras ocho años consecutivos en los que el mayor número de misioneros asesinados se había registrado en América, desde 2018 África encabeza este trágico ránking. En 2019 en África fueron asesinados doce sacerdotes, un religioso, una religiosa y una laica. En América fueron asesinados seis sacerdotes, un diácono permanente, un religioso y cuatro laicos. En Asia, una mujer laica fue asesinada. Y en Europa, una religiosa fue asesinada.

La agencia Fides también destaca el hecho de que existe una especie de «globalización de la violencia» ya que, mientras que en el pasado los misioneros asesinados se concentraron principalmente en un país concreto o zona geográfica, en 2019 el fenómeno parece más generalizado y extendido a otras partes. Fueron asesinados misioneros en diez países de África, en ocho de América, en uno de Asia y en uno de Europa.

Muertes violentas, pero no expresamente «por odio a la fe»

A la hora de recabar estos datos, la agencia recalca que utilizan el término «misionero» para todos los bautizados, conscientes de que «en virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se convierte en discípulo misionero. Cada persona bautizada, sea cual sea su función en la Iglesia o conocimiento de la fe, es un sujeto activo de evangelización» (EG 120).

Además, desde hace algún tiempo, la lista anual no solo se refiere a los misioneros *ad gentes* en sentido estricto, sino que trata de reflejar todos los casos en los que bautizados comprometidos con la vida de la Iglesia murieron de manera violenta, no expresamente «por odio a la fe». Por esta razón, preferimos no usar el término «mártires», –excepto en su significado etimológico de «testigos»–, con el fin de no entrar en el juicio que la Iglesia pueda hacer sobre algunos de ellos proponiéndolos, después de una cuidadosa consideración, para la beatificación o canonización.



Ayuda a la Iglesia Necesitada
Fundación de la Santa Sede



Pequeñas lecciones de historia

Poblet, la abstinencia y el Cisma (6):

GERARDO MANRESA

SABEMOS que el reino de Aragón, bajo Martín el Humano, siguió bajo la guía del papa de Aviñón, Benedicto XIII. La influencia de este papa en Poblet fue importante, pues por primera vez se realizaron nombramientos de abades directamente, sin elección monacal, rompiendo una norma establecida desde su origen en la Orden Cisterciense. El segundo y último abad nombrado por este papa fue fray Joan Martí o Martínez de Mengucho, en 1413. Como dice el padre Finestres, en su *Historia de Poblet*, era un abad a la «hechura» de Benedicto XIII, pero debe decirse que su labor y su obra reformadora fueron importantes.

Una de sus principales reformas fue la aplicación de la abstinencia perpetua de carne. Esta abstinencia, que desde los tiempos primitivos había sido observada en la Orden, salvo para los débiles y enfermos, ya a finales del siglo XII y principalmente en el XII se fue recortando en los decretos posteriores, pues se infringía repetidamente. En el siglo XIV se permitió a los abades comer carne e invitar a comer en la cámara abacial, ora unos monjes, ora otros. Poco a poco, sino por ley, sí por costumbre, el uso de la carne se fue extendiendo por los monasterios del Cister.

El nuevo abad, a su llegada, impuso la abstinencia perpetua de carne. Para ello pidió a Benedicto XIII una orden en dicho sentido para que la comunidad lo recibiera con mayor aceptación. Ya sea por el hecho en sí, ya por la forma de imponerlo, la realidad es que ello trajo turbación a la comunidad. Poco después, en una reunión abacial, el prior expuso al abad, en defensa de un monje que se sentía inquieto por la nueva imposición y quería cambiar de monasterio, que si la comunidad respetaba esta norma era por obediencia al abad, pero no por estricta obligación, pues los monjes no tenían en esto ninguna bula que se les impusiera. Esto sucedía en marzo de 1414. Esto ocurrió con más de un monje. El padre Finestres, conocido historiador de Poblet del siglo XIX, dice que «los menos fervorosos como no abrazaban de voluntad aquel rigor y estrechez de la religión, fingían motivos para pasarse a otra religión¹ o a otro monasterio menos observante, de manera que algunos de ellos se fueron de Poblet o sin licencia o con indultos subrepticios». Quizás la causa no era únicamente la abstinencia de carne, sino también la forma de nominación del abad, en la época del Cisma de Occidente.²

1. A otra orden religiosa

2. En el año 1400, el abad Vicens Ferrer y la mayor parte de los monjes eran partidarios del papa de Roma, pero la presión real y su obediencia a Avignon obligaron a dimitir a dicho abad.

Pero aparte de este hecho el abad Martínez de Mengucho también tuvo su influencia en la solución del Cisma.

En junio de 1415, el rey de Aragón, junto con el abad de Poblet y el emperador Segismundo se reunieron en Narbona para conseguir la abdicación de Benedicto XIII, cosa que no consiguieron. Convocado el Concilio de Constanza, en julio de 1417, entre las personalidades de los estados aragoneses figuraban, san Vicente Ferrer y el abad de Poblet. Ante la imposibilidad de renuncia del papa de Aviñón, el Concilio delegó al abad Martínez de Mengucho para que los cuatro cardenales de Benedicto XIII renunciasen a sus cargos. Uno de ellos era un monje de Poblet, abad del monasterio de Montearagón.

Conseguido esto, se pudo proceder a la elección del nuevo pontífice, en noviembre de 1417. Los electores fueron los 28 cardenales asistentes y seis personalidades eminentes de cada nación, que debían ser ordenados *In sacris*. Entre ellos estuvo el abad Mengucho. Así pues, el abad, nombrado por Benedicto XIII, fue elector en el cónclave que supuso el fin del Cisma de Occidente. El papa elegido fue Martín V. Los dichos cardenales, después de la elección del nuevo papa, acudieron a Roma y se les retornó su dignidad.

En el monasterio continuaban las deserciones de los miembros de la comunidad, que se pasaban a otros monasterios, lo que obligó al abad, en 1418, a acudir al papa Martín V. Éste otorgó un documento en el que, por un lado, alababa el devoto servicio de Dios que realizaba la comunidad, y por otro prohibía que ningún religioso pudiera pasar a otra orden o a otro monasterio del Cister, sin licencia expresa del abad. Pero daba validez a los tránsitos ocurridos hasta entonces.

Quizás se dio cuenta el abad Mengucho de la situación de la comunidad y al mismo tiempo del bien que era para la Orden la abstinencia perpetua y, aconsejado por los mejores monjes de la casa, decidió acudir de nuevo al papa Martín V solicitando que ordenara, con su autoridad y de forma oficial, a Poblet, la abstinencia completa, cosa que hizo el Papa con la constitución *In eminenti Apostolicae Sedis*, en la que pedía fidelidad a las prescripciones de la Regla. El 11 de septiembre de 1419 fue leída esta constitución en la sala capitular del monasterio, y aceptado y firmado por todos los monjes.

«Los ánimos de la mayoría se calmaron y la nueva medida de austeridad dio todo su rendimiento benéfico para la observancia monástica.»³

3. Agustí Altisent, *Història de Poblet*, ed. Abadía de Poblet, 1974, p. 343



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

La adoración, exigencia de fe y gesto de amor

CON ocasión de la solemnidad de la Epifanía del Señor de este año y comentando la narración evangélica de la adoración de los Magos, el papa Francisco llamó a todos los cristianos a redescubrir la adoración como una exigencia de fe y un gesto de amor que cambia la vida, poniéndonos en guardia ante dos riesgos, ejemplificados en el Evangelio por dos tipos de personajes que no quieren adorar al Niño Dios.

«En primer lugar —explicó el Santo Padre—, está el rey Herodes, que usa el verbo adorar, pero de manera engañosa. De hecho, le pide a los Reyes Magos que le informen sobre el lugar donde estaba el Niño “para ir —dice— yo también a adorarlo”. En realidad, Herodes sólo se adoraba a sí mismo y, por lo tanto, quería deshacerse del Niño con mentiras. ¿Qué nos enseña esto? Que el hombre, cuando no adora a *Dios*, está orientado a adorar su *yo*. E incluso la vida cristiana, sin adorar al Señor, puede convertirse en una forma educada de alabarse a uno mismo y el talento que se tiene: cristianos que no saben adorar, que no saben rezar adorando. Es un riesgo grave: servirnos de Dios en lugar de servir a Dios (...).

»Además de Herodes, hay otras personas en el Evangelio que no logran adorar: son los jefes de los sacerdotes y los escribas del pueblo. Ellos indican a Herodes con extrema precisión dónde nacería el Mesías: en Belén de Judea. Conocen las profecías y las citan exactamente. Saben a dónde ir —grandes teólogos, grandes—, pero no van. También de esto podemos aprender una lección. En la vida cristiana no es suficiente saber: sin salir de uno mismo, sin encontrar, sin adorar, no se conoce a Dios. (...) Cuando uno adora, se da cuenta de que la fe no se reduce a un conjunto de hermosas doctrinas, sino que es la relación con una Persona viva a quien amar. Conocemos el rostro de Jesús estando cara a cara con Él. Al adorar, descubrimos que la vida cristiana es una historia de amor con Dios, donde las buenas ideas no son suficientes, sino que se necesita ponerlo en primer lugar, como lo hace un enamorado con la persona que ama. Así debe ser la Iglesia, una adoradora enamorada de Jesús, su esposo.

»Al inicio del año redescubrimos la adoración como una exigencia de fe. (...) Adorar es poner al Señor en el centro para no estar más centrados en nosotros mismos. Es poner cada cosa en su lugar, de-

jando el primer puesto a Dios. Adorar es poner los planes de Dios antes que mi tiempo, que mis derechos, que mis espacios. (...). Adorar es descubrir que para rezar basta con decir: “¡Señor mío y Dios mío!”, y dejarnos llenar de su ternura. Adorar es encontrarse con Jesús sin la lista de peticiones, pero con la única solicitud de estar con Él. Es descubrir que la alegría y la paz crecen con la alabanza y la acción de gracias. Cuando adoramos, permitimos que Jesús nos sane y nos cambie. Al adorar, le damos al Señor la oportunidad de transformarnos con su amor, de iluminar nuestra oscuridad, de darnos fuerza en la debilidad y valentía en las pruebas. Adorar es ir a lo esencial: es la forma de desintoxicarse de muchas cosas inútiles, de adicciones que adormecen el corazón y aturden la mente. De hecho, al adorar uno aprende a rechazar lo que no debe ser adorado: el dios del dinero, el dios del consumo, el dios del placer, el dios del éxito, nuestro yo erigido en dios. Adorar es hacerse pequeño en presencia del Altísimo, descubrir ante Él que la grandeza de la vida no consiste en tener, sino en amar. Adorar es redescubrirnos hermanos y hermanas frente al misterio del amor que supera toda distancia: es obtener el bien de la fuente, es encontrar en el Dios cercano la valentía para aproximarnos a los demás. Adorar es saber guardar silencio ante la Palabra divina, para aprender a decir palabras que no duelen, sino que consuelan.

»La adoración —concluyó el Papa— es un gesto de amor que cambia la vida. Es actuar como los Magos: es traer oro al Señor, para decirle que nada es más precioso que Él; es ofrecerle incienso, para decirle que sólo con Él puede elevarse nuestra vida; es presentarle mirra, con la que se ungían los cuerpos heridos y destrozados, para pedirle a Jesús que socorra a nuestro prójimo que está marginado y sufriendo, porque allí está Él. Por lo general, sabemos cómo orar —le pedimos, le agradecemos al Señor— pero la Iglesia debe ir aún más allá con la oración de adoración, debemos crecer en la adoración. Es una sabiduría que debemos aprender todos los días. Rezar adorando: la oración de adoración.

»Queridos hermanos y hermanas, hoy cada uno de nosotros puede preguntarse: “¿Soy un adorador cristiano?”. Muchos cristianos que oran no saben adorar. Hagámonos esta pregunta. ¿Encontramos momentos para la adoración en nuestros días y creamos espacios para la adoración en nuestras comunidades?»

Gracias a Dios, en España contamos ya con cincuenta y ocho capillas de adoración perpetua (abiertas las 24 horas del día) repartidas por toda nuestra geografía con lo que todos los fieles podemos poner en práctica esta llamada a la adoración según recomendaciones de nuestro Pontífice.



Capillas de adoración perpetua en España (fuente: <https://adoracioneucaristicaperpetua.es/>)

Motu proprio sobre el cargo de decano del Colegio Cardenalicio

A lo largo de los siglos los romanos pontífices han adaptado a las necesidades de su tiempo la composición del Colegio de los Padres Cardenales, que está llamado peculiarmente a proveer a la elección del supremo pastor de la Iglesia y a asistirlo en el tratamiento de las cuestiones más importantes en el cuidado diario de la Iglesia universal.

San Pablo VI amplió la composición del mencionado Colegio de los Padres Purpurados llamando a formar parte del mismo, además de a los titulares de las sedes suburbicarias de Roma, también a los patriarcas orientales a los que se les hubiera concedido la dignidad de cardenales. El papa Francisco, en 2018, amplió la composición de los miembros de la mencionada Orden de los Obispos, incluyendo en su seno a algunos cardenales titulares de dicasterios romanos y equiparándolos en todo a los cardenales a quienes se les otorga una iglesia suburbicaria y a los patriarcas orientales adscritos a la misma Orden.

A este respecto, las normas de la Iglesia, con prescripciones claras y precisas, desde hace tiempo han provisto sabiamente también al puesto individual que, dentro del Colegio Cardenalicio, corresponde al cardenal decano y, en su lugar, al subdecano, llamados a ejercer entre los hermanos

purpurados una presidencia fraterna y fecunda de primacía *inter pares*. Estas normas prescriben también el modo de su elección por parte de los hermanos miembros del orden episcopal.

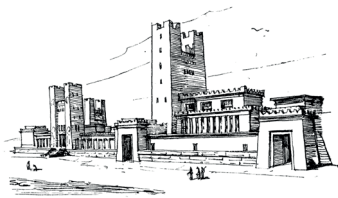
Ahora, sin embargo, habiendo aceptado el Santo Padre el pasado 21 de diciembre la renuncia al cargo de decano del Colegio Cardenalicio del cardenal Angelo Sodano después de casi quince años de mandato, y teniendo en cuenta también el hecho de que, con el aumento del número de cardenales, gravan cada vez más compromisos en la persona del cardenal decano, el Papa ha considerado oportuno que de ahora en adelante el cardenal decano, que seguirá siendo elegido entre los miembros de la Orden de los Obispos en la forma establecida por el Código de Derecho Canónico, permanezca en su cargo por un lustro, renovable eventualmente, y al final de su servicio pueda asumir el título de decano emérito del Colegio Cardenalicio.

El Catecismo de la Iglesia católica, ya en lengua umbundu

Los misioneros, en su preocupación de que la Buena Nueva de la salvación obrada por Cristo llegara a todos los hombres, siempre se han esforzado en expresar el mensaje cristiano en los idiomas de los distintos pueblos al que querían hacer llegar el Evangelio. Ejemplo eminente lo tenemos en la evangelización americana por parte de los misioneros españoles, como lo atestigua, entre otros muchos documentos, la doctrina cristiana y catecismo trilingüe (quechua, aimara y castellano) publicado en Lima ya en 1584 por mandato del concilio provincial celebrado en dicha ciudad el año anterior.

Siguiendo esta antigua tradición, la diócesis de Huambo (Angola) acaba de publicar el *Catecismo de la Iglesia católica* en umbundu, dialecto bantú predominante en la región occidental del país y lengua más hablada después del portugués.

La traducción ha sido realizada por monseñor Francisco Viti, arzobispo emérito de dicha diócesis, quien en la presentación del nuevo *Catecismo*, según informó Vatican News, quiso dejar constancia de las dificultades encontradas para poder expresar correctamente en umbundu determinados conceptos filosóficos, teológicos y científicos contenidos en el *Catecismo*. Sin embargo, el prelado angoleño justificó el esfuerzo realizado por ser el *Catecismo* «un texto de referencia seguro y auténtico para la enseñanza de la doctrina católica, gracias al cual uno puede saber lo que la Iglesia profesa, celebra, vive y reza en su vida diaria».



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

El Reino Unido ratifica el Brexit

DESDE 2016 los medios de comunicación y los opinadores profesionales nos han repetido hasta la saciedad que el resultado del referéndum británico sobre el Brexit (la salida del Reino Unido de la Unión Europea) había sido un error, el fruto de numerosas mentiras, y que los propios británicos se arrepentían masivamente de su decisión. Era, pues, necesario realizar un segundo referéndum para revertir la situación. Y sin embargo las elecciones desde entonces han confirmado el apoyo mayoritario a los defensores del Brexit, de modo especial las últimas elecciones europeas, en las que el Partido del Brexit obtuvo una sonada mayoría.

A pesar de esto, los medios insistieron en que el líder conservador Boris Johnson iba a fracasar en su intento de conseguir una mayoría parlamentaria que le permitiera ejecutar finalmente el mandato del referéndum. La histórica victoria conservadora (el Partido del Brexit no se presentó a las elecciones para concentrar todo su voto en los candidatos *tories*), que consigue mayoría absoluta en el parlamento de Westminster y **deja al Partido Laborista con sus peores resultados desde 1935**, ha vuelto a pillar con el pie cambiado a una prensa que, más que informar, prefiere adoctrinar.

En esta histórica victoria se ha verificado un cambio de patrón de comportamiento electoral interesante. **Los barrios más favorecidos votaron a la izquierda laborista como antes habían votado en favor de la integración en la UE. Por el contrario, el Partido Conservador no sólo ha recogido masivamente el voto rural, sino también el de los barrios más desfavorecidos.**

Boris Johnson planteó las elecciones como un plebiscito sobre el Brexit, con un lema electoral muy claro: «*Hagamos el Brexit realidad*», al tiempo que limaba aristas de la plataforma conservadora, combinando una postura más estricta en la lucha contra la criminalidad (con la promesa de 20.000 policías más) y el control de la emigración (exigiendo 5 años de residencia a los extranjeros para que puedan beneficiarse de las ayudas sociales) junto con medidas que hasta ahora parecían monopolio de la izquierda, como la promesa de importantes inversiones en la Sanidad pública (con la construcción de 40 nuevos hospitales y el aumento del número de enfermeras en 50.000) o la nacionalización del transporte ferroviario. **El Partido Conservador de Boris Johnson se asemejaría**

más al conservadurismo «One Nation» de Disraeli en el siglo XIX, que consiguió el apoyo de las clases populares, que a la plataforma más liberal de Margaret Thatcher.

Frente al Partido Conservador se alzaban dos alternativas. La principal, el laborismo de Jeremy Corbyn que ha recuperado el discurso vagamente marxista de los años 70, prometiendo subidas de impuestos, nacionalizaciones generalizadas y defensa del multiculturalismo (muy comprensivo con el islam y al mismo tiempo abiertamente antisionista). Una plataforma a la que los británicos han dado la espalda. El Partido Liberal-demócrata, por su parte, ha caído en la marginalidad al tiempo que expulsaba a cualquier candidato que declarara convicciones cristianas.

Más allá de las consecuencias reales del Brexit, resulta evidente que lo que más ha pesado en esta ocasión ha sido la determinación de una mayoría de los británicos de rechazar la disolución de su país en la Unión Europea y unas leyes impuestas por oscuros organismos en Bruselas que transforman su modo de vida y que desprecian las creencias cristianas en beneficio de una visión laicista y multiculturalista. Sin poner excesivas esperanzas en una Gran Bretaña que padece la misma enfermedad espiritual que el resto de Europa occidental, esta victoria de Boris Johnson y del Brexit demuestra una vez más la falsedad de la tesis según la cual el sentido de la historia está determinado por un progreso ineludible del que no hay escapatoria.

Hispanoamérica, sacudida por la violencia en las calles y en el seno materno

Nos hacíamos eco recientemente de la complicada situación que se vive en Chile y de cómo los disturbios habían derivado en numerosos ataques a iglesias, vandalizadas e incluso pasto del fuego.

Mientras el continente se ve sacudido por los planes desestabilizadores promovidos por la izquierda bolivariana desde Venezuela y Cuba, allá donde gobierna no duda en imponer el terror. Más alejada de los focos por su tamaño y porque la tiranía sandinista ya se ha hecho crónica, Nicaragua es un ejemplo más de esta forma de retener el poder. Un pequeño país ubicado en el istmo centroamericano de sólo 6,3 millones de habitantes y que no ocupa los principales titulares de los medios internacionales, a

pesar de que sufre una de las más sangrientas dictaduras de la historia moderna hispanoamericana bajo el régimen sandinista-socialista de Daniel Ortega.

Desde abril de 2018, Nicaragua ha sido escenario de importantes manifestaciones en contra del régimen, lo que ha desencadenado una cruel represión que fue noticia en un primer momento pero que luego ha quedado olvidada. **El balance de este 2019 es terrible: 634 personas han sido asesinadas, 590 han sido secuestradas por grupos paramilitares sandinistas y por la policía del régimen y 846 se encuentran desaparecidas.** Entre los asesinados, los hay que, tras apoyar las protestas, fueron buscados de forma selectiva en sus casas, en base a listas elaboradas por miembros del partido sandinista.

Otra gran tragedia que no aparece en la prensa es la de los niños abortados, una espeluznante violencia silenciosa que también se extiende por los países de la América hispana. El último, Costa Rica, donde su presidente, Carlos Alvarado Quesada, ha aprobado una «norma técnica» que abre la puerta a lo que llaman aborto «terapéutico». De hecho, el aborto en caso de «peligro para la vida de la madre» está despenalizado en Costa Rica desde 1970, solo que en este país no se ha usado como se utiliza habitualmente, esto es, como la excusa para abrir las puertas al aborto generalizado. Así, la realidad es que, al no darse en la vida real ya el supuesto que contemplaba la ley despenalizadora, ésta quedó como letra muerta y en Costa Rica se ha seguido respetando la vida de los no nacidos hasta ahora, cuando el presidente ha ampliado el alcance del caso que permite la despenalización del aborto **a unos etéreos riesgos para la salud de la madre que despenalizarán de facto la práctica del aborto.** La Conferencia Episcopal ha publicado una valiente declaración en la que se afirma que *«estamos profundamente tristes y reiteramos nuestro rechazo y nuestra indignación ante la firma del Presidente de la República, Carlos Alvarado Quesada, del decreto desarrollando la norma técnica para el procedimiento médico previsto en el artículo 121 del código penal, realizada el 12 de diciembre, día en que celebramos a Nuestra Señora de Guadalupe».* Triste y diabólica coincidencia.

El preocupante futuro de los cristianos en Turquía

TRAS las tensiones entre Turquía y los Estados Unidos a propósito de la situación en la frontera turco-siria y acerca del trato hacia los kurdos, el presidente turco Recep Tayyip Erdogan visitó la Casa Blanca y, en un gesto de distensión, afirmó que Turquía iba a destinar fondos a la restauración

de las iglesias dañadas durante la guerra civil en el norte de Siria. Un mensaje que espera calmar también la creciente preocupación en relación al trato discriminatorio y las presiones que Turquía despliega hacia su propia población cristiana, **cuyo peso ha caído del 25% en 1914 a menos del 0.5% hoy en día.**

Los cristianos han estado presentes en la región desde el primer siglo de nuestra era. Muchos cristianos que escapaban de la persecución desatada en Jerusalén se refugiaban en las ciudades de lo que es actualmente Turquía.

La llegada del islam representó un golpe fuerte para las comunidades cristianas, pero el sistema de gobierno otomano, en vigor desde 1299 hasta 1923, permitió su supervivencia. En efecto, aunque el poder era musulmán, a los cristianos se les aplicaba el régimen de *dhimmitud*: eran legalmente inferiores y tenían que pagar unos impuestos especiales, pero se les reconocía una cierta autonomía judicial en materias como herencias o matrimonios. Con el debilitamiento del Imperio otomano a partir del siglo XVIII, las condiciones de vida de los cristianos fueron mejorando paulatinamente, alcanzando incluso la plenitud de derechos, hasta que el sultán Abdul Hamid II (1876-1909), retomó una política que fundaba la unidad del Imperio en la adhesión al islam. Abdul Hamid II fue derrocado por los Jóvenes Turcos, nacionalistas que, desde un enfoque secular, prosiguieron las políticas discriminatorias, justificándolas ahora no por motivos religiosos sino étnicos, llegando hasta el genocidio de los armenios durante la primera guerra mundial.

Tras la desintegración del Imperio otomano como consecuencia de su derrota durante la Gran Guerra, Atatürk establece la República turca que, según el Tratado de Lausana, garantizaba el respeto de sus derechos a la población no musulmana. Un respeto que siempre fue frágil.

Las pretensiones de Turquía de entrar en la Unión Europea significaron una mejora en las condiciones de vida de las castigadas y ya muy menguadas comunidades cristianas. Pero esta breve primavera de libertad llegó a su fin con la apuesta de Erdogan por un islamismo panturco que aún a islam y nacionalismo al tiempo que asume que no va a acceder a las instituciones europeas. Así, durante la última década los ataques contra las minorías no-musulmanas, presentadas como una quinta columna en el seno de una Turquía cada vez más hegemónicamente musulmana, se han ido sucediendo, e incluso **se vuelve a hablar abiertamente de convertir de nuevo Santa Sofía en una mezquita** (tuvo esa función ya desde la caída de Constantinopla, en 1453, hasta 1931). En este contexto, el ofrecimiento de Erdogan de restaurar iglesias destruidas por la guerra en Siria es una buena noticia, aunque parece difícil que pueda ir más allá y extenderse a un mejor trato hacia los cristianos en Turquía.



info@balmeslibreria.com
 www.balmeslibreria.com
 682 856 468
 93 317 80 94

BALMES
 LIBRERIA

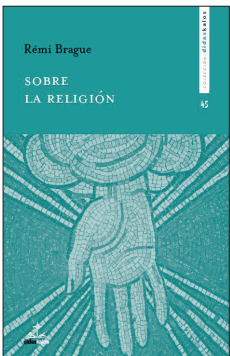


- Servicio inmediato de venta on line.
- Recomendaciones a través de la web en las diferentes áreas.
- Libros de filosofía, teología, espiritualidad y humanidades.
- Servicio de suscripción a nuestra revista.
- Acceso a la hemeroteca de **CRISTIANDAD**.
- ¡Síguenos en Facebook y a través de nuestro canal de youtube!
- ¡Consulta nuestro blog!
- Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras.



¡Efectúa un pago anual de 23 euros y disfruta de todos los envíos gratis durante un año! Podrás contratar este servicio cuando estés completando tu pedido.

CRISTIANDAD les recomienda este mes:



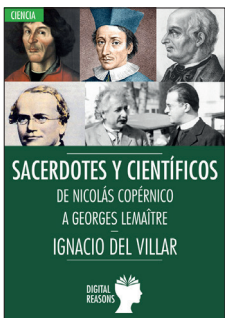
Sobre la religión

Autor: Bragué, Remi
 Editorial: Didaskalios
 218 páginas
 Precio: 24,00 €

¿Qué hace que una religión sea lo que es y qué hace que los cristianos sean cristianos, los judíos judíos, los musulmanes musulmanes, etc?

En este libro -afirma Bragué- considero la religión en lo que dice sobre Dios y los hombres, tomados en lo que les constituye como tales, es decir, la razón, y a continuación sus

vínculos con otros aspectos de lo humano como el derecho o la política, pero siempre con la preocupación de mostrar el modo en el que preserva o amenaza lo que preocupa especialmente al hombre actual, es decir, su libertad moral y su integridad física.



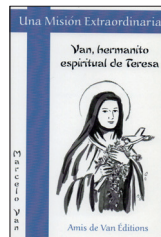
Sacerdotes y científicos

Autor: Del Villar, Ignacio
 Editorial: Digital Reasons
 238 páginas
 Precio: 14,25 €

Pocas personas saben que la Iglesia ha representado un papel clave en la revolución que ha experimentado la ciencia a lo largo de los últimos siglos. Con este libro podrás conocer esta realidad a través de las biografías de los cinco sacerdotes científicos más

sobresalientes de los siglos XVI al XX: Nicolás Copérnico, Nicolás Steno, Lazzaro Spallanzani, Gregor Mendel y Georges Lemaître.

La historia de la ciencia está desde hace siglos repleta de aportaciones realizadas por católicos muy devotos, muchos de ellos sacerdotes.



Una misión extraordinaria 5. Van, hermanito espiritual de Teresa

Pierre Descouvemont / Guy Gaucher
 Editorial: Amis de Van Éditions
 113 páginas
 Precio: 6,00 €

Nos relata el encuentro inesperado y la relación espiritual que unió probablemente a estos dos amigos. Poniendo en paralelo las vidas de Jesús, de santa Teresita y de Marcelo Van, presenta el ejemplo de abandono y de confianza absoluta que hay que seguir teniendo en María a pesar de las pruebas imprevisibles de la vida.

El lazo espiritual entre Marcelo Van y santa Teresa de Lisieux ha quedado manifiesto en una página gloriosa de las misiones en el siglo XIX; la formación de los carmelos de Saigón (1861) y Hanói (1895) por el Carmelo de Lisieux.



La fe en la cultura del siglo XXI

Autor: Palomino Lozano, Rafael
 Editorial: Palabra
 80 páginas
 Precio: 9,90 €

La fe cristiana está llamada a infundirse allí donde el hombre completa la labor del Creador, transformando con inteligencia y amor el mundo que le rodea, transmitiendo un legado a las siguientes generaciones. No tengo fórmulas preconizadas: te ofrezco una propuesta y una invitación para que te sumes tú también a la apasionante tarea de llevar con tus aportaciones pequeñas y grandes la fe de Cristo al mundo de las ideas y de la cultura en el siglo XXI.

«Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida». San Juan Pablo II.

CONTRAPORTADA

«La oración de adoración»



El padre san Julián Eymard en exposición solemne del Santísimo Sacramento.

«Al inicio del año redescubrimos la adoración como una exigencia de fe. (...) Adorar es poner al Señor en el centro para no estar más centrados en nosotros mismos. Es poner cada cosa en su lugar, dejando el primer puesto a Dios. Adorar es poner los planes de Dios antes que mi tiempo, que mis derechos, que mis espacios. (...). Adorar es descubrir que para rezar basta con decir: “¡Señor mío y Dios mío!”, y dejarnos llenar de su ternura. Adorar es encontrarse con Jesús sin la lista de peticiones, pero con la única solicitud de estar con Él. Es descubrir que la alegría y la paz crecen con la alabanza y la acción de gracias. Cuando adoramos, permitimos que Jesús nos sane y nos cambie. Al adorar, le damos al Señor la oportunidad de transformarnos con su amor, de iluminar

nuestra oscuridad, de darnos fuerza en la debilidad.

»La adoración es un gesto de amor que cambia la vida. Es actuar como los Magos: es traer oro al Señor, para decirle que nada es más precioso que Él; es ofrecerle incienso, para decirle que sólo con Él puede elevarse nuestra vida; es presentarle mirra, con la que se ungían los cuerpos heridos y destrozados, para pedirle a Jesús que socorra a nuestro prójimo que está marginado y sufriendo, porque allí está Él. Por lo general, sabemos cómo orar –le pedimos, le agradecemos al Señor– pero la Iglesia debe ir aún más allá con la oración de adoración, debemos crecer en la adoración. Es una sabiduría que debemos aprender todos los días. Rezar adorando: la oración de adoración».

FRANCISCO, 6 de enero de 2020, festividad de la Epifanía